

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE MAYO DE 1893

Nº 34

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—El ltmo. señor Silvestre Guevara y Lira, por E. M. y M.—Los dos ancianos, por el Conde León Tolstoy.—Arturo Michelena.—Noche de infierno y El Periodista, poesías de Ismael Enrique Arciniegas.—La piedra angular, por Gonzalo Picón Febres.—La Majestad de la justicia, por J. J. Breca.—La mujer, poesía de Alirio Díaz Guerra.—El Tocado, por la Baronesa Staffe.—Luis María Díaz, por A. D. G.—Pensamientos, por J. M. Núñez de Cáceres.—El infierno, poema de J. M. Núñez de Cáceres.

—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—NUESTROS GRABADOS.—Írribus indígenas, por Juan S. Larrazábal.—El Pescador de Islandia.

GRABADOS.—Monseñor Silvestre Guevara y Lira, de fotografía.—Arturo Michelena, de fotografía.—Isidro Espinosa, dibujo a la pluma de A. Michelena.—Penthesilea, cuadro de A. Michelena.—Luis María Díaz, de fotografía.—La Grele, cuadro de Arturo

Michelena.—Niño enfermo, cuadro de Arturo Michelena.—Carlota Corday, cuadro de Arturo Michelena.—VENEZUELA: Indígenas del Orinoco y Río Negro: Curara y choza de indios.—Chamuchina en el Atabapo.—Sepultura indígena.—India banibar, indio piaroa, indio baré, indios maquiritares, indios macos, indios maquiritares, de fotografías.



MONSEÑOR SILVESTRE GUEVARA Y LIRA
Antiguo Arzobispo de Venezuela

EL ILLMO. SEÑOR SILVESTRE GUEVARA Y LIRA

ANTIGUO ARZOBISPO DE CARACAS

Motivo de verdadera complacencia para la empresa de EL COJO ILUSTRADO es ofrecer hoy á los lectores del periódico el retrato del inolvidable pastor de la grey venezolana, cuyo glorioso episcopado brilla más y más le busca la memoria mientras más se aleja de nosotros en el tiempo.

Humilde sacerdote vino á Caracas el señor Guevara y Lira como representante al Congreso Nacional por la provincia de Barcelona, tierra natal, sin sospechar que una elección providencial de aquel alto cuerpo, pronta y gustosamente ratificada luego por el Papa habría de poner en sus manos el cayado del pastor con que por manera tan honrosa para él como fecunda en bienes para la Iglesia habría de guiar á la grey que tanto amó, la cual no cesa de honrar y bendecir la memoria de aquel óptimo Prelado.

Cabal idea de lo que ha de ser un verdadero apóstol del Dios vivo tiene todo aquel á quien tocó la suerte de tratar al señor Guevara y Lira. No es frecuente hallar reunidas en un ministro del altar la unión evangélica, la humildad y la mansedumbre en el grado en que tan altas virtudes estaban en aquel varón eximio. Edificaba su conversación, que inspirada en la prudencia, era fuente abundosa de sapientísimo consejo. Sentíase á su lado algo de esa paz en que estriba la fruición de la bienaventuranza, por los effluvis de bondad que despedía su alma, tan penetrada de las cosas de la eternidad, que parecía la evocación de la de uno de aquellos gloriosísimos patriarcas de los primeros tiempos de la Iglesia.

EL COJO ILUSTRADO en su propósito de enriquecer cuanto posible sea la galería que viene formando de nuestras glorias patrias, publica hoy el retrato del Illmo. señor Guevara y Lira, con lo cual presenta un homenaje á su memoria esclarecida.

Sabemos que en breve aparecerá un folleto donde con alguna extensión se hablará de esta notable figura de la Iglesia en Venezuela. Al frente de dicha publicación irá el retrato que hoy aparece en nuestras páginas y que es de muy notable parecido.

E. M. Y M.

LOS DOS ANCIANOS

POR EL CONDE LEÓN TOLSTOY

I

Dos ancianos habíanse propuesto ir juntos á Jerusalén, á orar á Dios en los Santos Lugares (1). Uno de ellos era un labriego bien acomodado, y se llamaba Jefin Farassitsch Scheweleff.

El otro era un pobre campesino de poca fortuna, llamado Eliseo Bdorov.

Jefin era un hombre severo; no bebía aguardiente, no fumaba ni tomaba rapé, en su vida había salido de su boca una palabra fea, y conducíase siempre como un hombre de buenas costumbres y de un carácter ejemplar.

Como individuo del Consejo de los ancianos, había desempeñado esas funciones durante dos períodos, saliendo de ellas con inmaculada reputación.

Su familia era de las más numerosas: dos hijos casados, con hijos también, viviendo todos bajo el mismo techo.

De exterior imponente, llevaba espesa barba corrida, tenía teso como un soldado; y, siendo casi septuagenario, apenas plateaban sus cabellos algunas canas.

Eliseo era un vejete ni rico ni pobre, que había peregrinado durante su juventud como carpintero, y en su vejez se había vuelto más casero cada vez, á fin de consagrarse á la agricultura.

Uno de sus hijos buscaba fortuna en el extranjero; el otro continuaba en la casa.

Eliseo era de recto espíritu y de buen corazón. Bebía muy á gusto su vasito de aguardiente, tomaba su polvo de rapé y le gustaban los cantares; sin embargo, era un compañero pacífico y vivía en buena inteligencia con sus vecinos, siendo afectuoso con los de dentro de casa.

De mediana estatura, Eliseo era de tez bronceada, barba crespa y oscura y—como su patrono

el profeta Eliseo—tenía el cráneo completamente calvo.

Desde mucho tiempo atrás, ambos viejos estaban de acuerdo y habían hecho voto á la vez de ir juntos en peregrinación; pero Farassitsch, constantemente comprometido en algún nuevo negocio, nunca podía encontrarse libre. Apenas había despachado uno, veníasele otro á las manos; una vez se trataba de una petición de matrimonio para su nieto, otra esperaba al menor de vuelta del regimiento, ó bien sobrevenía la necesidad de construir alguna dependencias.

Un día de fiesta encontráronse los dos viejos, y se sentaron en amor y compañía sobre una viga.

—¿Cómo va, padrecito?—preguntó Eliseo.—¿Y cuándo nos decidimos á cumplir nuestro voto?

Jefin frunció el entrecejo, y dijo:

—Aún hemos de tener paciencia para un rato; llevo un año muy pesado. Se me ha puesto en la cabeza acabar la construcción de la nueva casa; contaba con emplear en ella poco más de un centenar de rublos, y pasan ya de trescientos. Y aún no se le ve el fin á esto. Claro es que no habré concluido antes del verano. Sin embargo, una vez llegado el verano, cúmplase la voluntad de Dios; entonces, á ciencia cierta, nos pondremos en camino.

—A mí parecer—observó Eliseo—no debíamos diferir por más tiempo nuestro proyecto, y conviene que nos decidamos desde ahora. La primavera es lo más oportuno.

—Con seguridad, la estación es buena: pero han comenzado los trabajos. ¿Cómo he de dejar en planta mi edificio?

—¿No tienes, pues, nadie que te ayude? Y tu hijo, ¿no puede continuar los trabajos?

—Pero, ¿cómo los dirigirá sin mí? Con mi mayor no puedo contar de ninguna manera, porque bebe.

—Tenemos que morir, padrecito mío, y tendrán que vivir sin nosotros. Alguna vez debe probar tu hijo á ir sin andadores.

—Cierto es, pero no descanso ni sosiego cuando las obras no se hacen á mi vista.

—¡Ah, querido hermano! Con seguridad que no llevarás á cabal término todos tus trabajos. Escucha, voy á contarte un apólogo. Poco hace, fregaban y barrían las mujeres en mi casa, en víspera de fiesta, y esa limpieza no tenía fin; mira por aquí, mira por allá, siempre se topaba con algo que acicalar, y nada se concluía. Entonces, la mayor de mis nueras (una cabecita destornillada) exclamó: «¡Bendito sea Dios, que llega el día de fiesta sin aguardarnos; pues con todo nuestro celo, jamás hubiéramos terminado esta limpieza!»

Tales palabras dieron qué pensar á Farassitsch, quien exclamó después de una pausa:

—Esta construcción me cuesta ya un sentido; y un viaje lejano no se puede emprender con las manos vacías. Cien rublos no son un puñado de anís.

Echóse á reír Eliseo, y observó cordialmente:

—Eso es pecar, padrecito mío. Tus medios son diez veces mayores que los míos, que soy un pelagatos. ¡Y me hablas de dinero! Dime, nada más, cuándo partimos. Yo no tengo un cuarto, pero no me faltará.

A su vez, sonrióse con malicia Farassitsch.

—Vaya, vaya—dijo chungueándose.—¿te has hecho rico de pronto, ó vas á desenterrar la suma que te hace falta?

—En primer lugar, arafiando bien, acabaré por encontrar en casa alguna cosilla; y, si esto no bastase, cederé una docena de colmenas á mi vecino, quien hace mucho tiempo que me las viene pidiendo.

—Buen año para los enjambres; ya te arrepentirás de ello.

—¿Arrepentirme de ello? ¡Ni por pienso, padrecito mío! En toda mi existencia, sólo he tenido que arrepentirme de mis pecados. Para mí, no hay nada de mayor precio que mi alma.

—En eso llevas razón; pero, sin embargo, es penoso que vayan mal las cosas en la casa.

—Y aún es más dolor cuando no van bien las de nuestra alma. Hemos hecho un voto: ¡pongámonos en camino, de veras, pongámonos en camino!

II

Eliseo había convertido á su viejo amigo.

Durante dos horas, Jefin anduvo dando vueltas en silencio á su magín; y al día siguiente se presentó en casa de Eliseo.

—Vamos, padrecito, dispuesto me tienes aquí; me has abierto los ojos. En manos de Dios están la vida y la muerte. Mientras aún estamos firmes y guapos es cuando debemos ir en peregrinación.

Al cabo de una semana pusieron en camino los dos ancianos.

Jefin Farassitsch tenía en casa dinero suficiente. Tomó para el viaje ciento noventa rublos y dejó doscientos á su mujer.

Eliseo se había puesto en regla; vendió á su vecino diez de sus colmenas, comprometiéndose también á suministrarle tantos enjambres nuevos como pudieran producir diez colmenas. Por todo ello recibió Eliseo setenta rublos. Los treinta rublos restantes los recogió en casa, exigiendo á cada cual un pequeño sacrificio; su mujer le entregó todo lo que había economizado, apartándolo para el caso de muerte; la nuera también dió lo que poseía.

Jefin Farassitsch confió á su primogénito todos los asuntos de la casa; le hizo cuidadosas recomendaciones, á saber: dónde y en qué número podría asalariar segadores para el heno, dónde había de llevar el estiércol, dónde tenía que levantar el edificio, cómo debía hacer la techumbre.

Eliseo recomendó á su anciana compañera que pusiese aparte los enjambres nuevos de las colmenas vendidas, á fin de que el vecino no sufriese perjuicio alguno. En cuanto á las cosas de la casa, no la hizo recomendación ninguna: "Según las circunstancias—la dijo—juzgarás lo que tienes que hacer. Dueña de tí misma, obrarás como te convenga."

Los ancianos hicieron sus preparativos de viaje.

Sus deudos ocupáronse en cocer tortas de miel, en coser sacos de viaje, en cortar vendas de lienzo para los pies, en comprar botines nuevos.

Al cabo, llegó la hora de la separación.

Las familias acompañaron á los peregrinos hasta el campo, y allí se dieron la despedida; después, los ancianos lanzáronse con valor hacia el mundo remoto.

Eliseo se alejó animosamente y sereno de la aldea natal, dejando tras de sí todos los pequeños cuidados, todas las preocupaciones. En adelante, todas sus facultades ya no tendían sino á esto: mostrarse con su caro compañero servicial y amable, no ensuciar su lengua con palabras feas, y volver á su hogar luego de haber logrado piadosamente el sacro objetivo que perseguía.

Por tanto, seguía así su camino, con una dulce sonrisa en los labios y masculleando en voz baja una oración ó algún pasaje de la *Vida de los Santos*, todo ello recitado de carretilla. Y si encontraba á un transeúnte ó se detenía á pasar la noche en alguna parte, se esforzaba por mostrarse cariñoso y fraternal, no sosteniendo sino conversaciones gratas á Dios.

Así caminó como peregrino, con el alma satisfecha.

No había más que una cosa en que Eliseo no pudo tener dominio sobre sí mismo. Habíase propuesto abandonar la costumbre del rapé, y para eso había "olvidado" en casa la tabaquera de álamo blanco. Pero, es más fácil decir que hacer. En el camino, un viandante le ofreció un polvo. Eliseo resistióse un momento, luego succumbió á la tentación, quedóse atrás para no escandalizar á su compañero de viaje, y de nuevo sorbió rapé.

También Jefin Farassitsch caminaba alegre hacia la santa meta, fiel y firme, sin desfallecer su conciencia, sin palabras inútiles; pero, en el fondo de su corazón no notaba la alegría de aquella fácil marcha hacia el cielo. No le salían del magín los cuidados de su hogar. Pensaba de continuo en lo que harían en casa.

¿Se habría olvidado su hijo de poner en orden esto ó aquello, y lo habría hecho bien? Si, al caminar, veía plantar patatas ó conducir estiércol, al punto sentíase atormentado por la idea de que su hijo quizá no le hubiese comprendido bien. Estas cavilaciones no le dejaban sosegar en manera alguna; tanto, que hubiera preferido regresar á su casa para convencerse en persona de que todo iba bien, y para meter él mismo las manos en la masa.

III

Cinco semanas llevaban andando los viejos; tenían roto el calzado y era preciso comprar otro nuevo. Habían llegado á la Rusia Menor.

Cuando abandonaron la aldea, pagaban de su bolsillo los gastos de cama y comida; pero, una vez entre los naturales de la Rusia Menor, encontrábanse con aldeanas que se despepitaban por ofrecerles hospitalidad gratuita en sus casas. Dábanles de beber, de comer y donde acostarse, sin querer aceptar ningún pago; y eríman llenaban de pan las alforjas de los peregrinos, amén del deslizar en ellas algunas tortas.

Así avanzaron unas cien vestas los viejos canas, sin hacer desembolsos.

Habían dejado tras de sí una provincia entera, cuando llegaron á una comarca estéril. Es verdad que los acogían cordialmente, que nada se les reclamaba por dormir; pero ya no era cuestión de la mesa, ni de víveres para el camino. Por todas partes quejas de faltar el pan; y hasta no era raro el no poder proporcionarse nada ni aun con dinero contante y sonante.

—El año pasado—clamaba el pueblo—no hemos tenido cosecha ninguna. Más de uno que vivía

(1) Al escribir el pre-ente hermoso cuento, se propuso Tolstoy demostrar á sus paisanos que Dios escucha la oración desde dondequiera que se le dirija, y que no deben abandonarse la educación de los hijos y el cuidado de la casa por entregarse al rezo. El escrito ha producido mágico resultado entre los aldeanos rusos.—(N. DEL T.)

en la holgura ha caído en la estrechez y ha tenido que malvenderlo todo; otros no teniendo más que lo necesario, y gracias, llegaron a la más negra miseria, y pobres diablos han buscado su salvación emigrando, o mendigan ahora de puerta en puerta, sin poder soportar ya la desolación de sus hogares. Este invierno han comido zurrón y cayado.

Una vez pasaron los viejos la noche en una localidad. Allí encontraron donde comprar quince libras de pan recién hecho; preparáronse para la marcha y partieron antes del crepúsculo, con el propósito de dejarse atrás un buen trozo de camino antes de los calores de mediodía.

Así anduvieron diez verstas y llegaron a un riachuelo; agacháronse y con sus cubiletes alcanzaron agua, que bebieron mientras comían pan; y restauradas de este modo sus fuerzas, cambiaron de calzado.

Descansaron un rato, para recuperar su energía física.

Eliseo sacó del bolsillo una tabaquera, al ver lo cual Jefin Farassitsch movió la cabeza con aire escandalizado y exclamó:

—¡Qué veo! ¿No puedes abandonar esta abominación?

Eliseo hizo ademán de bajar la mano y dijo:

—¡Vencido por esta concupiscencia culpable!

Lo que somos!

Levantáronse y prosiguieron la caminata. Anduvieron así otras diez verstas y llegaron a un gran pueblacho atravesado por la carretera.

El calor abrumaba. Eliseo sentíase desfallecido, deseando satisfacer el hambre y apagar la sed; sin embargo, Farassitsch no quería perder un minuto.

Farassitsch era un intrépido andarín; Eliseo solía quedarse muy detrás de su compañero.

—La sed me abrasa—dijo a su amigo.

—Pues bien, vete a calmarla. Yo no tengo sed.

Eliseo se detuvo, y añadió con tono conciliador.

—No me haré esperar; no hago más que entrar en aquella cabaña que se ve allá abajo, y tomar un buen traguete. Fresco y reconfortado así, al instante estoy contigo.

—Bueno—dijo el otro.

Y Jefin Farassitsch continuó solo su camino, al paso que Eliseo se dirigía a una de las chozas.

Era una casita de adobe, negruzca por abajo, más clara hacia arriba, y cuya arcilla habíase desmoronado en muchos puntos; el techo estaba al descubierto por un lado.

La entrada de aquel zaquizamí daba al corral. Entró Eliseo. Sobre un montón de tierra yacía un hombre, enfermo y escuálido, sin barba, con la blusa metida dentro de los calzones, como es costumbre entre los habitantes de la Rusia Menor. Evidentemente, el hombre se había tumbado en busca de sombra, y luego había venido a herirle allí el sol con sus ardientes rayos. Permanecía echado, con los ojos abiertos. Eliseo le interpelló, pidiéndole de beber. El hombre no respondió.

—O está enfermo, ó es duro de corazón—pensó Eliseo, y encaminóse a la puerta.—Con la mano en el pestillo, tocó en ella.

—¡Eh, patrón!

No hubo respuesta. Golpeó de nuevo con el palo.

—¡Hermanos en Jesucristo!

—¡Siervos de Dios!

Sin respuesta alguna.

A punto de alejarse de aquella puerta inhospitable, oyó tras ella sonidos quejumbrosos, como un gemido doliente.

—¿Habrá sucedido ahí dentro alguna desgracia? Tengo que verlo.

Y Eliseo se decidió con presteza a entrar en la cabaña.

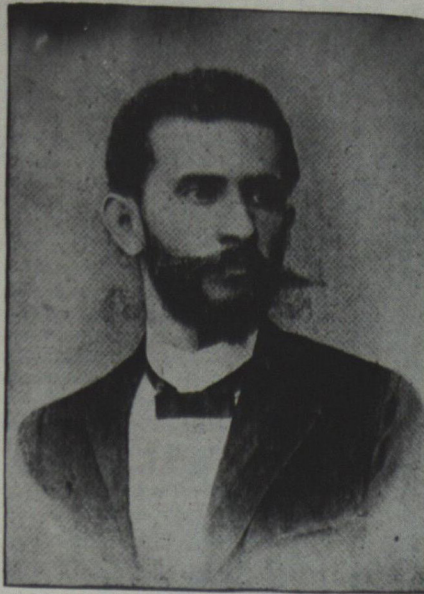
IV

Hizo girar el anillo del picaporte y se abrió la puerta.

Eliseo penetró en un estrecho vestíbulo. La puerta de la habitación estaba entornada solamente; la abrió. A la izquierda, frente a la puerta, el hogar, el sitio de honor; allá, en el rincón, una mesa y encima las imágenes devotas, los Santos Icones; delante de la mesa, un banco; encima del banco, vestida nada más que con una camisa, una mujer anciana, con la cabeza descubierta descansando en la mesa; sentado junto a la vieja, un muchachuelo a quien se hubiera tomado por una figura de cera, pero con el cuerpo hinchado; tiraba de la manga a la mujer y daba lamentables gritos, pidiéndole alguna cosa.

Eliseo se quedó petrificado en el umbral. Una atmósfera pesada y un olor pestífero llenaban la atmósfera.

(Concluirá)



ARTURO MICHELENA

Nació en Valencia el año de 1864. Son sus padres Don Juan Antonio Michelena y Doña Socorro Castillo—pintor él y artista ella en la más lata acepción de la palabra—es hija de Don Pedro Castillo, pintor también de gran talento, que llegó en el arte hasta donde podía llevarlo su propio ingenio en aquellos tiempos de oscurantismo.

Arturo desde niño dió muestras de sus facultades para el arte de Apeles.

Desde que trazó la primera raya en el suelo con un carbón lo hizo con maestría.

F. de Sales Pérez le conoció en 1873 y sorprendido de su habilidad le pidió algunas láminas para ilustrar sus artículos, si algún día los recopilaba.—Efectivamente, en 1877 aparecieron las «Costumbres Venezolanas», con el retrato del niño artista y diez láminas llenas de gracia y originalidad.

He aquí el retrato de Michelena en esa época.



En el prólogo del libro dice el mismo autor:

«He puesto en esta colección diez láminas que ha dibujado el niño Arturo Michelena—son bocetos ligeros, pero que dan una idea de sus grandes disposiciones.

A la edad de 12 años juega con la luz y la sombra como si fuesen el trompo y el boliche.

Duele ver crecer ignorado, sin muestras ni maestro, a ese niño prodigioso que puede ser una gloria de la patria.»

Sales Pérez apreció bien el genio de Arturo a través de las lijerías de la niñez; y tan acertado fué que pocos años más tarde en 1884—lo trajo a Caracas y lo presentó al General Crespo, entonces Presidente de la República, para solicitar que lo pensionase en Europa.

El General Crespo al ver las muestras de sus trabajos decretó su inmediato envío a París, con una pensión módica.

Allí estuvo trabajando bajo la dirección del célebre Laurant, y cosa rara! a los 6 meses de estar allí fueron admitidos al salón dos cuadros suyos.

Uno de ellos.—El lector del siglo XVII.—Ese cuadro que le abrió las puertas de la gloria en aquel mundo del arte fué dedicado a su amigo Sales Pérez quien lo guarda como un tesoro.

El Gobierno que sucedió al General Crespo, suprimió todas las pensiones acordadas por su antecesor, y nuestro artista quedó en medio de París atenido a sus propias fuerzas.

Pero sus amistades, su fe y su constancia le alentaron en aquel angustioso período de su vida.

Un año más tarde presentó al concurso de Bellas Artes su cuadro de «L'enfant malade» que tanto atrajo la admiración de los inteligentes en el divino arte.

El Jurado le concedió la medalla de 2ª clase, que era la mayor recompensa que podía acordarse a un extranjero.

El discípulo quedó consagrado Maestro.

Puede calcularse el mérito de sus obras al ver que solo, en aquel gran mundo, sin contar con padrinos que le ayudasen, pudo alcanzar las más altas distinciones.

El Gran Jurado de 1889 le concedió la medalla de 1ª clase, por su Carlota Cordey, que hemos admirado junto con su Penthesilea obra extraordinaria, que como dice el gran Tovar y Tovar, traspasa los límites del talento y pertenece a los dominios del genio.

Actualmente se halla en Caracas con la esperanza de regresar a Europa, ya repuesto de los estragos que el excesivo trabajo hizo en su salud.

Nosotros lo deseamos por su gloria y por la gloria de este pedazo de tierra que se honra en contarle entre sus hijos.

Presentamos hoy su retrato y no extendemos estos apuntes por no lastimar su modestia.

NOCHE DE INVIERNO

—¿No escuchas?

—Es la lluvia que roza los cristales.

—¿No escuchas?

—Nada temas. Es el rumor del Rhin.

Son las heladas brisas, las brisas invernales que juegan con las flores marchitas del jardín.

Los pinos cabecean; el cielo está sombrío,

Y el viento aúlla, aúlla con tétrico rumor.

Afuera todo es muerte y soledad y frío . . .

¡Ay de las almas tristes, las almas sin amor!

—¿Leemos?

—Lée, bien mío, como en lejanos días

Los cantos del poeta de tu país natal.

Mas nó! . . . Tiene más dulces y vagas armonías

Tu voz que del poeta el cántico inmortal.

Sobre el cojín de raso do apoyas tu cabeza,

De la rosada lámpara al trémulo fulgor,

En vivos resplandores irradiada tu belleza

Cubierta con el blanco y holgado peinador.

Oh carne, oh carne mórbida, oh carne sonrosada,

Oh labios que he besado con loco frenesí,

Sois míos. . . . Sólo míos; ¿Verdad, mi bien amada,

Verdad que es tu hermosura tansolo para mí?

Corra la vida aprisa, destelle en el oriente

El sol para las almas esclavas del dolor,

Y siga en noche eterna mi corazón ardiente

Soñando con la dicha, soñando con tu amor!

Riega sobre mis hombros tu blonda cabellera;

Unamos nuestros labios en ósculo sin fin

Y deja que la lluvia sacuda la vidriera

Y rumorée a lo lejos entre la bruma el Rhin.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

EL PERIODISTA

La luz eterna que a los cielos viva
Prometeo arrancó, vibra en tu pecho.
Es a tu noble anhelo el mundo estrecho,
Y nunca batallar tu brazo esquiva.

La Libertad te escuda. Haz que reviva
La Verdad en las almas, y el Derecho
Haz resurgir de entre su altar deshecho;
Alza la Ciencia, y el Error derriba!

Apóstol del Progreso! Siempre sea
El Porvenir tu rumbo, y avasalla
A tus pies la Ignorancia con la Idea.

La palabra en tus labios es metralla,
Tu pluma, espada que en la lid chispea,
Y la prensa, tu campo de batalla.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

LA PIEDRA ANGULAR

Novela por Emilia Pardo Bazán (*)

Este es el título de la última obra literaria publicada no hace mucho por la eminente escritora coruñesa, y á juzgar por lo que dicen algunos periódicos de España, ha llamado grandemente la atención en toda Europa, pero muy particularmente en Italia—en donde puede decirse que ha nacido la criminología moderna—por su carácter en extremo revolucionario y tendencioso.

Dicha novela es una obra, al propio tiempo que de arte, de propaganda y de combate, puesto que en ella andan á la greña las dos escuelas penales que hoy se esfuerzan, con estupendos bríos cada una, por señorearse definitivamente de las inteligencias: la antigua y la moderna; la que funda el delito en el postulado del libre albedrío, y la que lo considera como efecto de perturbaciones orgánicas; la que hace al criminal responsable, y la que lo exime de toda responsabilidad. De la antigua es representante en la novela Arturo Camaño; de la moderna Lucio Febrero y el Doctor Moragas, que trabajan porque la ciencia triunfe sobre la preocupaciones, el determinismo sobre la metafísica. Pero la señora Pardo Bazán no se declara partidaria de ninguna de las dos, no obstante que se le adivina á leguas la intención de recargar de simpatía las doctrinas de Moragas y Febrero. Ella pinta el combate, lo sostiene, ridiculiza á Camaño, exalta la figura de Febrero, hace que Moragas se salga con la suya, y al fin mata al verdugo física y moralmente, para que desaparezca de la sociedad ese estúpido atavismo, esa sombra ignominiosa, ese detritus bárbaro; pero es el caso que, aun así, la cuestión queda como antes de leerse la novela, firme, de pie, sin resolverse. El desaparecimiento del verdugo no la soluciona, porque la nueva escuela criminal no prescinde de la pena de muerte en absoluto, fundándose para sostenerla en que, si el delincuente, considerado como un enfermo incorregible, es una amenaza constante para la sociedad, preferible es que desaparezca al fin y al cabo. "En el dominio filosófico—dice Gil Fortoul en su obra de *Filosofía penal*—nada se opone á la legitimidad de la pena de muerte. Desde el momento en que la observación prolongada demuestre que el autor de uno ó varios hechos criminosos es incorregible, inadaptable á la vida social, su eliminación absoluta, su muerte, resulta justificable, porque de otro modo continúa indefinidamente el peligro. En esta consideración se fundan á menudo los partidarios de la última pena, entre ellos Taine y Lombroso." [1]

Lejos estoy yo, por supuesto, de tratar aquí de la cuestión científica, que no cabe en los estrechos límites de un juicio literario, sino meramente de la obra de arte, que es la que me importa por ahora. Demás está decir que la señora Pardo Bazán ha salido en su desempeño tan airosa—con respecto á la belleza del estilo—como en sus otras espléndidas novelas. Su complexión de artista refinada, su gran vocabulario, su maestría para componer y trabajar el idioma á maravilla, también lucen aquí sus recursos estupendos. Derroche de imaginación, armonía en las vibrantes cláusulas de oro, novedad en las imágenes, caudalosa opulencia en los epítetos, rotundidad y pintoiresca animación en los períodos, todo eso resplandece en esta obra de escritora tan justamente celebrada, y nos da un rato de verdadera gloria á los amantes de las letras. En la descripción es asombrosa Doña Emilia, ya porque su fantasía es como un espejo en que la realidad se retrata con entera exactitud, ya porque el extenso vocabulario que posee es tan flexible á las descontentadizas exigencias de su sentido

estético, que ella lo domina y lo gobierna con extraña habilidad, para ofrecerle á uno al mismo tiempo una fiesta de colores, una sinfonía de melodiosas notas, y en todo ello el himno de la realidad espiritualizada por la imaginación. Las cosas que ella pinta, casi se tocan con las manos, según es el relieve que les da. El paseo, por ejemplo, de Moragas con Nené á la quinta de la Erbeda; la pedrea en el castillo de San Wintila, y la muerte de Juan Rojo después de haber tirado al mar los instrumentos del suplicio, serían suficientes para sacar repentinamente de la sombra el escritor más oscuro. Cuanto se refiere, pues, al estilo, á las descripciones, al arte de la señora Pardo Bazán, es digno de los elogios más pomposos y sinceros, y no seré yo el que se ponga á escatimárselos ahora; pero si de allí pasamos á otro orden de consideraciones, tropezaremos de seguro con más de un inconveniente gordo.

La figura que más resalta en la novela, es la del Doctor Moragas, porque es la que lo hace todo, la que urde, desenvuelve y finaliza el drama de una manera activa, si así puede decirse. Los demás son personajes de segundo término, que contribuyen á que el médico se salga con la suya, haga un bien positivo á la sociedad en que vive, y destruya una preocupación de todo punto odiosa y lamentable. Moragas es el instrumento de que directamente se vale la insigne novelista para hacer su propaganda, y quizás á los medios que Moragas escoge para realizar el pensamiento de Doña Emilia, se deba lo que yo encuentro de forzado en el filántropo, á pesar de la nobleza de su corazón, de su filantropía á su modo, y de aquel su especial *redentorismo*. En tal sentido se me ocurren varias observaciones que me parecen justas, y como me pican ya por salirse al papel, trataré de darles la forma que yo pueda, á ver si acierto.

El odio tremebundo, implacable, feroz, cuasi salvaje, que Doña Emilia supone contra el desventurado Rojo en el Doctor Moragas, se me antoja sobremanera inverosímil, chillón, y de poca ó ninguna poesía. ¿Por qué? Porque D. Pelayo no es un cualquiera en la novela, sino un hombre virtuoso en toda la extensión de la palabra, honrado á prueba de bomba, filántropo sin ninguna clase de reservas, y ante todo y sobre todo, harto estudioso, cuasi sabio, de cerebro bien equilibrado y profundamente reflexivo. Doña Emilia dice de él esto:—"Cuando podía lograr tanta fortuna [la de quedarse á dormir en su quinta de la Erbeda], dedicaba la noche á leer de política ó de ciencia, sobre todo de aquellas cuestiones palpitantes de la moderna medicina que llevan involucrado algún problema metafísico, algún misterio del espíritu, alguna generalización filosófica. Si Moragas estudiaba por obligación la medicina curativa, por recreo andaba siempre á vueltas con los mal conocidos resultados de la sugestión, con las revelaciones de la frenopatía, y los efectos de ciertas sustancias tóxicas sobre el cerebro humano. Gustábele mucho el estudio de las que llamaban nuestros padres enfermedades mentales, y era franco admirador de los médicos modernos que aplican atrevidamente á los problemas del orden moral el método positivo y analítico de la ciencia presente. Como de esto se escribe mucho en el día, y Moragas lo hacía venir todo de París en grandes remesas, sus orgías de lectura tenían el retiro de la Erbeda por testigo y cómplice."—Y más adelante, en un sentido por cierto bien distinto:—"Moragas había prodigado los socorros de su ciencia á personas bien viles. Sabía de memoria las huellas hediondas que marca el vicio en el cuerpo del disoluto y de la ramera. Aunque hombre delicado en su vida interior y en el pulcro aseo de su persona, jamás había retrocedido ante ninguna enfermedad, por repulsiva que fuese; y al asistir á la humanidad, doliente, gracias á una maravillosa analgesia, hija de la firme voluntad—esa analgesia que hacía decir á un santo que las llagas del leproso huelen á rosas—perdía el sentido del olfato, dominaba los del tacto y de la vista, y prescindía de la laceria para consagrarse enteramente al deber."—En un sugeto, pues, de tales condiciones, y de

otras no menos bondadosas, es difícil encontrar contra el verdugo una animadversión tan ciega, porque la reflexión, sumada con el sentimiento humanitario, que resulta desarrollado en grado sumo, avasallan y esclavizan cualquier arranque impuro del sugeto. Para éste, considerado como se acaba de exponer, el verdugo no es, no puede ser jamás el brazo que mata por razón de gusto, que se complace como el tigre en la vista de la sangre, que se revuelca placenteramente en la ignominia, como el marrano en la inmundicia del chiquero; sino el representante de la ley, la encarnación de la justicia humana, el instrumento de que la vindicta pública se vale para castigar al criminal, según la escuela antigua, ó la sociedad para quitarse de encima una amenaza, según la escuela moderna. Un *redentorista* no se revuelve airado, de tan brutal manera, sino contra la institución que rige, como lo hacen todas las revoluciones trascendentes, no las de *quitale tú para ponerme yo*, que por desgracia son las más frecuentes, sino las que traen escrito en su programa algún principio generoso, algún ideal noble que se condensa al fin en un progreso. En el caso concreto que analizo, lo principal es la institución que determina la manera de administrar justicia, y el verdugo lo accesorio. Por consiguiente, Rojo, que es un hombre honrado, incapaz de hacerle á nadie ningún daño, no es, no puede ser el culpable, á los ojos de un hombre pensador como el Doctor Moragas, del atraso de la sociedad marinada, ó mejor, de toda España. Si se tratara de una cocinera, de un campesino estúpido, de un carretero que no sabe por donde van tablas en esto de las cuestiones sociales, la cosa pasaría naturalmente, sin objeción posible, porque la lógica es así; pero en Moragas chilla, por ser Moragas lo que es. Ni creo tampoco que, en tal sentido, la expresión del carácter de este filántropo acomodaticio pueda tomarse aquí, siguiendo la teoría de Zola, como el reflejo exacto del temperamento del artista, porque Doña Emilia, ora sea por la boca de sus personajes, ora por su propia cuenta en el curso de la narración, casi rabia contra las exageraciones del médico de Marinada, un si es no es cómicas de vez en cuando, seguramente para censurar en él lo que sin duda es una injusticia de la sociedad.

De todo ello resulta, por supuesto, que Moragas, en lugar de aparecer simpático, como se lo propuso á no dudarlo Doña Emilia, se le ataruga á uno en el pesquezo, no ya sólo por inhumano, sino también porque se le figura *caña*, es decir, que no es tal sabio, ni tal pensador, ni tal filántropo, sino un buen truchimán con fama de entidad, como tantos fantasmones de cabeza vacía que hormiguean por aquí detrás de cada encrucijada. Moragas es un apóstol, un evangelizador, una idea, en suma; pero la idea que él encarna se desprestigia á nuestros ojos en el curso de su desenvolvimiento, no porque ella en sí sea dafina ¡no, señor! sino porque todas sus energías se ensañan ferrozmente contra un solo hombre, y no contra las instituciones de un pueblo, que son las que representan el querer, la opinión, el mandato imperativo de todos los hombres que componen ese pueblo. El filántropo, pues, resulta hueco, el *redentorista* chillón, el sabio de sonaja. Para probar todo lo cual, basta y sobra con copiar el siguiente monólogo del médico. "Moraguitas, esto es el acabóse. Ahora te ha dado por compadecerte de este *sugeto*. Ya has llegado al límite extremo de la chifladura benéfica, hijo. No, pues aquí sí que no te suelto yo la rienda. A este hombre no es lícito ni considerarle como hombre. Si quieres interesarte por algo raro y estupendo, intéresate enhorabuena por la parricida á quien viste pasar hoy, entre civiles, por la carretera. ¡Esa podrá ser una criminal, y admitamos, desde luego, que lo es; pero criminal *en caliente*. . . . criminal pasional, que al delinquir obró, sin duda, por irresistible impulso, sin importarle que al otro lado del foso que iba á saltar, estuviese la expiación de una muerte afrentosa! Esa mujer, Moraguitas, es una enferma como otra cualquiera de las que asistes. . . . Ahí se explica y se justifica la compasión. . . . Pero con el tío éste, que á sangre fría y á mansalva ha tomado por

[*] Del libro titulado *Apuntes críticos*, próximo á publicarse.

(1) Mientras no se perfeccione el aparato eléctrico inventado no hace mucho en los Estados Unidos, y cuyo primer ensayo fué en extremo desgraciado, subsistirá el verdugo donde quiera que exista la pena capital. Pero suponiendo que los resultados del aparato sean más tarde satisfactorios, se ocurre preguntar aquí: ¿desaparecerá el verdugo al adoptarse la ejecución eléctrica? ¿acabaré de destruir una corriente de electricidad en el apartamento de una célula, no es casi lo mismo que dar vuelta á una palanca? ¿el hecho en sí, aunque consumado por medio de un procedimiento bien distinto, no es igual en el caso que en el otro? ¿qué diferencia moral hay entre los dos verdugos?

oficio matar. . . . A éste, como á una yíbora, se le debe aplastar la cabeza."

Yo acepto que un hombre como don Pelayo, á pesar de su sabiduría, de su inteligencia clara, de su pensamiento reflexivo, experimente cierta repugnancia indomitable en presencia del verdugo, porque la condición social de éste, no obstante ser el representante de la justicia humana, lo inhabilita para captarse las simpatías de los hombres, aunque sea la personificación de la bondad; pero lo que se me atraganta sin remedio es que esa repugnancia degenera en odio en quien, como Moragas, es capaz de una reflexión ordenada y regular, de advertir que el verdugo puede no ser un hombre infame, y de entender como Dios manda que no él, sino el código penal, es el que merece el anatema de los pensadores. Cuando la marinera sale despavorida en solicitud de Don Pelayo para que reconozca á Telmo, y el médico entra en la zahurda sin pasarle por las mentes que el enfermo sea hijo nada menos que de Rojo, y de repente reconoce al pájaro á quien por la mañana ha recetado, Don Pelayo se porta como un puerco, como un descamisado, como un Cáñamo á la inversa, como un hombre cruelmente vengativo, de pasiones violentas y salvajes, á quien la marinera tiene que reconvenir, hartó indignada, por su falta de caridad. ¿Qué especie de filantropía es la de ese fantasmón sin entrañas? ¿Qué se hace de la analgesia moral en ese punto, en tanto que el infeliz muchacho no mueve en la cama pie ni mano, de resultas del aguacero de pedradas con que le han vuelto un Santo-Cristo? ¿Qué culpa tenía Telmo de que su padre fuese lo que era, para que el médico se negase rotundamente á administrarle los socorros de su ciencia? ¿Y acaso no es lógico suponer que para entonces, y desde el punto y hora en que el verdugo entró á su gabinete de consulta, Moragas debió haber reflexionado detenidamente, como hombre acostumbrado á desmenuzarlo todo, que en caso de sentir odio por alguien en cuanto se refiere á la pena capital, no debía ser por el desgraciado Rojo, sino más bien por todos los Cáñamos bebedores de sangre que fabrican la manera de administrar justicia? Convengamos en que á ese filántropo le falta generosidad, le falta poesía, que es lo que no debe faltar nunca en ninguna obra de arte, á tiempo que le sobra una gran dosis de lirismo inaceptable, chabacano y hasta cómico

Ni por esto sólo es que se hace antipático Moragas, sino también por su extraña manera de evangelizar y redimir, que es la menos á propósito para convencer del error á los que están en él, porque la dignidad humana, por más atropellada que se vea, jamás se anda con melindres para contestar el insulto en toda forma. Moragas trata á Rojo á las trompadas, á los empujones, del modo más intolerable; desgarra, y le echa los gargajos á la cara; recoge la tierra de los basureros, y se la arroja encima sin piedad; en suma, que le pone como un estropajo inmundito y asqueroso. ¿Puede creerse, por ventura, que un hombre honrado como Rojo, celoso de su dignidad como el que más, aceptara con paciencia ignominiosa cuantas porquerías se le ocurren en la novela á Don Pelayo? ¿Cómo es posible suponer que el que tiene la conciencia de su hombría de bien, aguante latigazos como el que se verá en seguida, cuando el médico le pregunta si Telmo es hijo suyo, y Rojo le contesta afirmativamente, á lo cual replica el médico volviéndole la espalda y dirigiéndose á la puerta:— "Pues esa es la peor enfermedad de cuantas pueden sobrevenirle, y esa, ni se la curo yo ni se la cura nadie?"—¿O como este otro, el cual, no obstante la ficción de la novela, hace crispas involuntariamente los puños del lector:— "¿Cómo? ¿No encuentra usted muy natural que la humanidad le apedree en la persona de su hijo?"—¿Se figura, acaso, Doña Emilia que ese ofensivo tratamiento, sin ninguna protesta por parte de Juan Rojo, es verosímil? ¿Tendrá quizás esta señora el cuajo de creer que así se evangeliza y se redime? Dado el carácter de Juan Rojo, la limpieza de obras de su vida, las cóleras de su alma contra los que le des-

precian y lo sensible de su dignidad ante cualquiera ofensa, se me antoja concluir de ello que, á pesar de todas las consideraciones que mereciera Don Pelayo por su filantropía de ocasión, le hubiera contestado cuando menos lo siguiente:—"Váyase usted lijero de mi casa, antes de que lo estrellé contra la pared. . . . ¡No sea usted insolente! . . . No faltará otro médico más caritativo que venga á ver al infeliz muchacho."—Y Don Pelayo se hubiera ido camino de su casa con el rabo entre las piernas, por no quedarle otro recurso. Ello es lo cierto que toda la poesía de la novela se encuentra condensada en la figura de Moragas; pero á poco que se piensa, que se medita, que se reflexiona fríamente, la poesía se va, se desvanece, se evapora, y lo que queda de Moragas es un tipo vulgar, fíongo, rencoroso y vengativo. No obstante su filantropía espectacular, la marinera viene á ser más alma honrada que Moragas, más poesía real y menos ridícula hojarasca.

Y á otra cosa, para terminar. Doña Emilia echa á perder también á Rojo al fin y al cabo, por medio de dos pinceladas innecesariamente desastrosas. Después de presentarlo como un hombre bueno en toda la extensión de la palabra, incapaz de hacerle daño á nadie ni con el pensamiento, y que sólo desempeña el cargo de verdugo por la necesidad, Doña Emilia pone en boca de Rojo, cuando Moragas le pregunta á éste si pagará con lo que él tiene en las mentes la redención y la educación de Telmo, la respuesta que á continuación transcribo:—"Juan Rojo hará lo que usted le mande. ¿Ha oído? Lo que usted le mande. Soy un hombre de bien; á nadie causé daño sino por orden superior; pero como usted tiene tantos

enemigos. . . . ¡si hace falta dar un susto!" . . . —Esto equivale á echar á tierra el personaje, á vulgarizarlo sin necesidad, y á acabar con la novela hasta cierto punto. Los comentarios no hacen falta, porque saltan á la vista.

La otra pincelada fea, desgraciada, anti-estética, consiste en que Juan Rojo, que no ejerce su maldonado empleo porque le importe mucho ni poco la justicia, sino por los treinta y seis duros que gana; que jamás se ha detenido á meditar acerca del delito, ni acerca de las penas, ni acerca de la vindicta pública, y que despacha á los reos para la eternidad, no por librar á la sociedad de una amenaza, sino como pudiera hacerlo el instrumento mismo del suplicio sin la intervención del hombre, le replique á Moragas, cuando éste le propone que se niegue á desempeñar sus funciones en la próxima ejecución de la ya sentenciada parricida, lo que en seguida reproduzco:—"Pero, señor. . . yo. . . Vamos, me ha de permitir usted que le diga una cosa. . . . y es que. . . . la justicia. . . . los criminales. . . . —Con semejante contestación, Rojo se convierte en una especie de Cáñamo, en un defensor de la pena capital, y el interés que ha venido despertando por la infinita desgracia que le abruma, se destruye en un momento. Toda la poesía que encierra el personaje, se malogra de improviso, y la novela se cae allí con desaliento de las manos. El sentido artístico de la afamada novelista falla en aquel punto de un modo que entristece, porque no era ello de esperarse en quien, como Doña Emilia Pardo Bazán, es al propio tiempo grande artista y crítico admirable.

Y aquí, punto redondo.

GONZALO PICÓN FEBRES.

Caracas—1892.



ISIDRO ESPINOSA

LA MAJESTAD DE LA JUSTICIA

Escribí, no hace mucho, un articulejo que titulé *Rigor*.

EL COJO ILUSTRADO, siempre benévolo, le dió hospitalidad cariñosa.

Dios se lo pague.

Sus columnas han sido hasta ahora, hermoso cofre de joyas literarias, en el cual han hallado cabida producciones mías, sólo por condescendencia de los redactores. Indignas ellas de tan alto puesto, lo han tenido, sin embargo, porque, además de todo, representan un conjunto de habladerías, y las habladerías gustan á los mal intencionados: nunca falta en ellas algo del supremo desdén con que miro á la humanidad entera. La charla sobre tal tema no es asunto que desagrade al público, ávido siempre de palabra fuerte, y dado de suyo á investigar misterios y á cebarse en la parte vulnerable de todo prójimo. Y ya sabrá usted que no hay nadie que no tenga su lado flaco. Y ya sabrá usted que el público es maligno, por más que sea respetable. Nadie más malo, excepción hecha de mi persona.

Y ¿cómo me han llovido observaciones con motivo del *Rigor*!

Según la opinión de gentes ignorantes, sólo de tres defectos adolece: uno el de ser muy largo; otro, el de ser muy corto, y el último, el de ser..... muy bueno.

Y según el dictamen de personas sabias, adolece del defecto de ser muy malo.

¿En qué quedamos? ¿Quién tendrá la razón en este caso? Creo que los no entendidos en la materia.

Sucede con el tal artículo lo que acontece con todos los gobiernos habidos y por haber: para unos, muy bueno el gobierno; para otros, muy malo. Creo que en este caso la razón está de parte de los que maman; y como estos son la minoría, resulta que son malos todos los gobiernos.

El *Rigor* ha dado motivo á este otro artículo, que es también rigor, puesto que se lo impongo á los lectores de EL COJO ILUSTRADO.

Me propongo decir lo que se me venga á la boca ó á la pluma, acerca de la *majestad de la justicia*; y con el fin de complacer en lo posible á todos, procuraré que no sea largo, que no sea corto, que no sea bueno. Pero como todo no ha de ser complacencia absoluta, haré cuanto en mí quepa, para que salga malo: no me costará mucho trabajo. Si no resultare al gusto de todos, saldrá á mi propio gusto, y eso bastará para que sea muy bueno.

La *majestad de la justicia*! Qué frase tan pomposa!

Se me parece á aquella de la respetabilidad de Don Fulano á quien usted no conoce. ¿Don Fulano?..... No hay un hombre más respetable. Y usted se lo imagina de bracete con el Padre Eterno. Pero sucede que usted oye y ve luego cosas que echan por tierra todas las respetabilidades que se le atribuyen y acaba usted por decir que don Fulano se parece á la *majestad de la justicia*.

Fijemos la atención en esta frase, y recordemos que es uno de los versículos de la letanía con que los que están arriba suelen acatar á los que están abajo, como si no supiéramos todos á qué atenernos en materia de majestades.

No me negará usted, sin embargo, que la frase es fascinadora como todos los relumbrones. Halaga, eso es la verdad, aunque á la vez contrista el ánimo, por la semejanza que tiene con las mesalinas cuya belleza consiste en las costosas galas.

Todo no ha de ser broma: hablemos alguna vez con seriedad.

Grandeza, dignidad, esplendor; todo lo que deslumbra, todo lo que inspira respeto y temor y admiración y reverencia: eso es la majestad.

Y la majestad es Dios, porque sólo él levanta en el alma el sentimiento de la adoración, gaje de la pequeñez del hombre, á la inmensidad de su creador.

El cumplimiento de todo deber, la observancia exacta de la prescripción impuesta por Dios á la conciencia de su criatura predilecta: amor á la verdad, respeto al derecho de cada uno, amor á

lo que es, santo, á todo lo que excluye el egoísmo; sentimiento que lleva á la caridad, ese lazo de unión entre los individuos de la especie humana y escala misteriosa por la cual llega á Dios el espíritu del hombre: eso la justicia.

Circunstancias son estas, de la majestad y de la justicia no terrenales.

Y el hombre se las apropia, sin embargo, y llega á imaginar que la justicia mundana está rodeada de majestad!

¿Qué es lo que entiende por majestad el hombre, cuando no sabe que esa pompa magnífica de todo lo increado, es atributo exclusivo del único Sér Grande, del único Sér Santo, del único Sér que en sí encarna la Majestad y la Justicia?

Admitase la frase, enhorabuena, en sentido metafórico; admítasela como promesa de que la justicia humana ha de ser administrada con sujeción á los principios eternos de rectitud y de equidad: todos sabemos que la metáfora suele dar bello colorido á la mentira.

El hombre, que no tuvo jamás intención sana, se juzga capaz de sostener el engaño, y de aquí la invención de una cosa brillante que preside á la distribución de los derechos individuales.

No será, pues, ilógico personificar esa majestad y figurarnos un sér que es dueño de una cosa suya que él llama justicia.

Y ¿quién la majestad? ¿Quién su representante?

No será un espíritu comisionado por Dios para ese ejercicio; será un hombre, y como tal, sujeto á vicios, (excepción hecha de aquellos que fingen temperancia) sujeto á errores, sujeto á pasiones; siendo de advertir que descuellan entre estas la del oro; todo lo cual, en los más de los casos, es causa determinante en la distribución de los derechos que se adjudican en nombre de la deidad que pertenece al representante de la majestad en la tierra.

Penetremos en el santuario de esa deidad ó sea en el tribunal: elijamos uno cualquiera.

Y ya que lo nombramos, no estará demás decir que originariamente fué el elevado lugar desde donde los tribunales impartían justicia á las tribus en que estaba dividido el pueblo. Los tribunales eran personas sagradas, lo cual demuestra que eran personas rodeadas del mérito de la rectitud, del brillo de la honra, del esplendor de la sabiduría; personas de toda integridad, personas incorruptibles. Aquellos hombres, según dijo Cicerón, podían todo por la justicia, y no podían nada por sí mismos: el magistrado era, según dijo no sé quién, la ley que habla, así como la ley era el magistrado, mudo.

El trascurso de los tiempos ha cambiado todo, en todos los países del mundo, y esta tribuna ha llegado á tener forma de mostrador.

Y ¿qué majestad ha de hallarse allí, donde el vil interés, intérprete de la ley escrita, se sobrepone á los dictados de la conciencia? Si hay allí alguna majestad, de seguro que estará en camisa.

Penetremos!

El juez, esto es, el amo de la justicia, que no tiene los atributos del tribuno romano, conoce de una causa, y condena á un infeliz que, administrándose justicia por sí mismo, acomodó una majestuosa paliza á un infame que le robó su tesoro único; que convirtió en negras sombras las claridades inefables de su hogar; que cambió por luto eterno las galas de su alma.

Allí está, llena de vergüenza, la que inspiró cantos al poeta y ahora inspira lástima á los que la miran, condenada al desdén de la sociedad que tiene penas para la víctima y sonrisas y aplausos para el victimario.

Allí está el jornalero, de cuya frente brotó sudor en la honrada faena diaria, sudor que desapareció entre la esponja pulposa del agiotaje.

Allí está.....

Sí, allí está el que se queja, allí está el que llora, allí está el que pide lo que no hay en la tierra: allí está toda querella.

El apaleado, el seductor, el agiotista, ven, probablemente, la majestad de la justicia; pero maldita la majestad que encuentran los que han hambre de ella, los que ven en la sentencia una arbitrariedad que los priva de su

libertad, de su pan, de sus regocijos, de su honra.

Razón tuvo el que dijo que la corrupción de los tribunales es una de las mayores calamidades políticas y sociales.

La majestad de la justicia es, pues, una frase que sólo tiene por objeto halagar la vanidad y que sólo puede referirse á la infalibilidad con que el Omnipotente distribuye sus dones ó impone sus castigos.

Esa frase presuntuosa, que evidencia la soberbia del hombre, carece de significación propia.

Inviértanse las palabras que la componen, para que pueda tener alguna importancia.

Y después de la trasposición, hallamos que, aún así, carece de exactitud: para que una cosa pertenezca á alguien es indispensable que exista.

La majestad, en ejercicio del poder, circunstancia que lo eleva á la categoría de amo, se apropia la cosa que no es suya; y como cada cual hace de su capa un sayo, resulta que le es potestativo regalarla ó venderla.

La justicia es una quimera.

En todo delito hay circunstancias atenuantes, las cuales se me parecen á aquello que se llamó rectificaciones del presupuesto: estas circunstancias son algo así como enmiendas á la conciencia.

Suprimamos, pues, la pomposa frase, que no tiene nada de verdad, y dejemos en su lugar la *justicia de la majestad*, ó lo que es lo mismo, *el querer del amo*, frase esta última que tiene siquiera la ventaja de no encerrar una mentira.

¿Salí largo el artículo?..... Pues no lo leas.

J. J. BRECA.

LA MUJER

A LA SEÑORA EVA G. DE CÁRDENAS, NOTABLE INSTITUTRIZ

Del astro-rey la claridad primera
Con vivo rayo el horizonte inunda,
Y embriagado de amor bulle doquiera
Germen de vida que la luz fecunda.

Mensajero de paz y de alegría
Brilla el lucero en los celestes lares,
Y ostentan en la vaga lejanía
Franjas de espuma los revueltos mares.

Dilata el monte la azulina falda;
Se albergan en el bosque las palomas;
Sopla el aura, y en urnas de esmeralda
Las flores brindan plácidos aromas.

Ya dondequiera que el anhelo alcanza
Palpita el gozo y la ilusión anida;
Y el ángel tutelar de la esperanza
Se baña en los colores de la vida.

Oh tierra! oh sol! oh mar cuya llanura
De líquido zafir explende en calma!
¿Para qué vuestra pompa y galanura
Si incompletos estáis, si os falta el alma?...

Mas á tu amante voz, Naturaleza,
El Sumo Dios con providente mano,
A imagen de su sér y su grandeza
Forma á la madre del linaje humano.

Sol cuya excelsa claridad se expande
En ondas de amoroso devaneo,
Encarnación de cuanto noble y grande
Forjó la dicha y concibió el deseo.

La que es para la humana desventura
Fuente de amor y de bondad santuario,
Manantial de consuelos en la altura
Y antorcha de esperanza en el Calvario.

Alma del genio y la virtud gemela,
Que en alas de su espíritu fecundo,
Arroja al mar la frágil carabela,
Vence imposibles y completa el mundo.

Y que á los pueblos que el dolor azota
Campos sin fin de redención señala,
Y en el martirio, que su fe no embota,
El ancho cielo de la gloria escala.

Luz que en el fondo del destino incierto
La sombra ahuyenta y al placer convida,
Y muestra al hombre hospitalario puerto
En las recias borrascas de la vida.

Y del hogar en la apacible estancia
Al casto efluvio del amor alienta,
Llena el ambiente de sutil fragancia,
La fe reanima y la ilusión sustenta.

Para cada dolor tiene consuelo;
Cariñoso solaz para el que llora;
En cada abismo de amargura un cielo,
Y en cada noche resplandor de aurora.

Oh tierra! oh sol! oh mar cuya llanura
De líquido zafir explende en calma!
¿Gozad de vuestra pompa y galanura,
Ya completos estáis, ya tenéis alma!

Bogotá—1892

ALIRIO DÍAZ GUERRA.



PENTHESILEA — Cuadro de Arturo Michelena

EL TOCADOR

Los cabellos muy peinados, muy pegados y rizados están lejos de servir de adorno, y parecen, antes bien, como si la persona hubiese querido desembarazarse de ellos en vez de pedirles embellecimiento. El tocado debe dejar á los cabellos cierta libertad y algún descuido, pues ello conviene además á su conservación.

Las franjas largas, los bucles espesos que caen sobre la frente, dan á la fisonomía un aspecto bestial, pero algunos bulecillos cortos, livianos, en lo alto de la frente, suavizan mucho la fisonomía. Los peinados altos desnudan el cuello, envejecen y no sientan bien generalmente. Los rizos ó sortijillas que caen sobre la nuca son muy bonitos y rejuvenecen la persona.

Para arreglar los cabellos debemos necesariamente consultar nuestras facciones y la estructura de nuestro cuerpo. Una mujer pequeña y delgada se verá ridícula con una cabeza agrandada por el arreglo del pelo, así como la que tenga la frente alta, abultada, las facciones resultantes quedarán muy mal con los cabellos á lo chino. Si la persona se traza la raya una línea más abajo del medio de la cabeza, se rejuvenecerá en cinco años, pero la raya á un lado da por el contrario forma masculina á la cara más suave y delicada.

Debemos, sobre todo, evitar los peinados extravagantes, así como aumentar el volumen de nuestra cabeza con un montón de cabellos postizos. La cabeza se ve mucho más bella y elegante con su forma natural y se amolda mejor al cuerpo.

La mujer envejecida y gastada quedará admirablemente cubriendo sus cabellos (aun siendo bellos todavía) con una mantillita de encajes, que velará un poco las huellas del tiempo, y formará un bonito cuadro al rostro. Una dama vieja con la cabeza descubierta es feísima y así la leve sombra del encaje disimulará en mucho las marcas de la edad.

CUIDADOS QUE DEBEN TENERSE CON LOS CABELLOS

Esta moda de rizarse los cabellos—bien con un hierro caliente ó de cualquier otra manera—y de ondularlos artificialmente, es—confesémoslo francamente—desastrosa, tanto para la duración de la cabellera como para su hermosura. Y qué será de nosotras con estos ricitos al rededor de la frente que el hierro habrá endurecido, engruesado, atiesado, cuando un nuevo decreto de la moda nos obligue á llevar el pelo liso?

Bien sé yo que muchas damas que se creen muy previsoras, usan rizos falsos. Pero hé aquí otro mayor peligro. A menudo los cabellos postizos á pesar de la limpieza que hayan sufrido, comunican á quien los

usa la enfermedad de la piel de la persona á quien pertenecieron natural y primitivamente. Los cabellos cortados de las cabezas de las chinas esparcen, sobre todo, estas infecciones. Por fortuna los despojos capilares de las hijas del Celeste Imperio se conocen fácilmente, pues son en extremo gruesos, bastos, negros y brillantes.

Los cabellos deben ser renovados amenudo. Cortados de una cabeza con vida, conservan la vitalidad durante dos años, más ó menos, y á veces por bastante tiempo más, pero después se hacen desiguales, tiesos y desmelenados, de modo que es totalmente imposible servirse de ellos. Los cabellos cortados de la cabeza de un muerto no son jamás utilizados por los peluqueros cuidadosos de su reputación, pues es imposible rizarlos, formar bucles con ellos, trabajarlos, en suma, sin que se trasluzca su procedencia.

Para recoger nuestros cabellos debemos emplear el menor número posible de horquillas, á fin de no irritar el cuero cabelludo, lo que con frecuencia sucede. Me refiero á las horquillas de acero, pues las de Carey (ó imitación de Carey) y las de cobre algo gruesas, no tienen este inconveniente, desde luego que no pueden hacer heridas dolorosas.

Mucho conviene el cambiar de cuando en cuando la forma del peinado por uno ó dos días. El cabello se adelgaza cuando

se lo arregla siempre de la misma manera, pues que está continuamente estirado en un mismo sentido.

Aquellas personas que usen raya en la cabeza deben hacérsela todos los días, siendo el resultado de esta operación practica-diariamente el que la raya sea muy fina. Lo contrario sucede cuando se olvida este cuidado que tan poco tiempo exige.

Es también muy conveniente el recortar el cabello un centímetro poco más ó menos en cada creciente de la luna (en el primer cuarto.) De una á otra luna el pelo vuelve á ganar lo que había perdido en este corte; y no haya temor, pues, de que su tamaño disminuya. Al fin del año estará lo mismo que al comienzo, y aun sucede con algunas cabelleras que se alargan muchísimo, gracias á esta costumbre de despuntarlas. No creo yo—pero quien sabe, sin embargo; hay influencias ocultas, misteriosas, que la ciencia no explica aún—que el tranquilo astro de la noche ejerza mucha influencia en el crecimiento del pelo. Sin duda es á la regularidad de la operación á lo que importa atribuir los buenos efectos que se experimentan. Pero es lo cierto que los cabellos despuntados á cada luna nueva crecen más abundantemente.

Bueno sería dormir con la cabeza descubierta; pues es cosa probada que la cabellera se vuelve más sedosa, bella y limpia, cuando no está comprimida, aprisionada. Pero es necesario estar habituada desde la infancia á no cubrirse la cabeza, y á levantarse en este caso el pelo por encima de las orejas sin estirarlo y entrenzándolo flojamente en una sola trenza, sujeta en la punta por una cinta de seda ó de algodón, pero no de otra manera. De lo que debemos guardarnos es de trenzar nuestros cabellos cuando los cubrimos con un gorro ó una redecilla, pues, mientras más libres y divididos estén, serán más hermosos y más brillantes, principalmente no vayáis á usar gorros almidonados; el almidón se desprende del tejido y rasgándose en los cabellos los echa á perder.

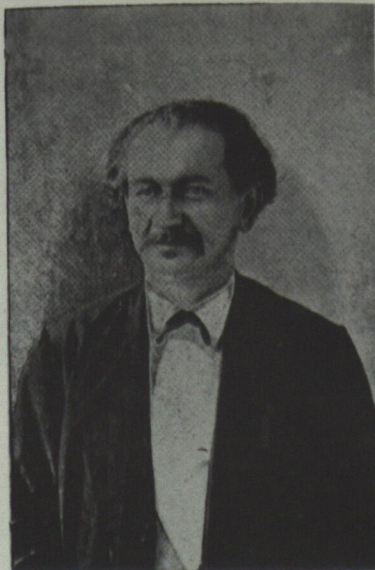
La persona que desde la infancia haya usado gorro de dormir se expondría á catarros y á enfermedades de los dientes y en los oídos si abandonase este hábito, sobre todo en invierno, y aun en la proximidad de la vejez, aunque esa persona no lo haya usado, haría muy bien en adoptarlo.

Para cuidar bien del cabello y conservarlo, conviene acepillarlo al acostarnos y en el día al hacer nuestro tocado, con un cepillo suave. Los mejores son de sedillas cortas, no blanqueadas. Comenzaremos por separar la extremidad de los cabellos, después de haber dividido la cabellera en tantos mechones como sea necesario. Pero si la peinamos de la raíz á la extremidad sin haberla dividido en tres ó cuatro partes, le causaríamos grandísimo daño, pues los cabellos se partirían infaliblemente, tornándose feos, y aparecerían como si no se cuidasen. Es excelente lustrar la cabellera con la mano. En Turquía, la esclava encargada de arreglar la cabellera de las sultanas, la acaricia, le da vueltas y vueltas entre sus manos, hasta que, suave, brillante, adquiere la apariencia de una madeja de seda.

Muy bien harán las mujeres en no emplear grasas, aceites y pomadas, sino lo menos frecuentemente posible.

Las damas romanas pretendían que la drupa de la nuez ponía exuberantes sus cabelleras.

BARONESA STAFFE



LUIS MARIA DIAZ

Engalana hoy EL COJO ILUSTRADO una de sus páginas con el retrato de Luis María Díaz, muerto hace poco tiempo fuera del territorio venezolano, su patria cariñosa, y en donde por su carácter benévolo á la par que enérgico, por su ilustración y aquilatado patriotismo, ocupó puesto de honor entre los que se ejercitan en la austera práctica del bien.

Al servicio de su patria consagró los mejores años de su vida en la difícil y generosa tarea de la enseñanza; de tal manera que varias de las generaciones que dan hoy honra á Venezuela, deben el puesto que ocupan, en las diversas esferas del saber, á los nobles esfuerzos del que fué para ellas sabio conductor.

Obligado por nuestras frecuentes disensiones políticas á vivir alejado del país, fijó su residencia en las Antillas por espacio de veinte y cinco años, y aun cuando se consagró allí al profesorado fundando uno de los más notables planteles de educación, no por eso dejó morir los levantados ideales de patriotismo y amor á la República, cuya efectividad fué para él único idolo de su culto.

Ciudadano de honradez acrisolada y de inquebrantables convicciones, tuvo siempre una voz de aliento para toda causa justa, sin que consideración alguna le hiciese apartar del derrotero que se había trazado. Y no sólo con el poder de su inteligencia fué útil á la patria: la causa política de sus simpatías también lo contó en el número de sus más gallardos defensores. En la larga guerra de los cinco años, supo distinguirse como militar valeroso y abnegado; mas vencida aquella causa, emprendió voluntario camino al ostracismo y nada fué suficiente para obligarlo á reconocer la autoridad surgida de tan dolorosa contienda.

En el destierro luchó con tenacidad á fin de secundar satisfactoriamente todo movimiento político que asegurara el triunfo del partido á cuya sombra militaba. Mucho tuvo que esperar; sin embargo, al cabo, realizados sus anhelos, tocó de nuevo á las puertas de la patria, las que se abrieron complacidas para darle paso, y en ella fué recibido con vivas demostraciones de júbilo por todos aquellos para quienes su nombre era símbolo de orden y de entereza republicana.

En el desempeño de un alto cargo lo encontró nuestra última guerra civil, y fué su voz una de las primeras en levantar enérgica protesta, contra las autoridades constituidas en los mismos momentos en que principiaban á sentirse los síntomas precursores de la conmoción del país.

Triunfante la Revolución, se encaminó á Europa invitado por el nuevo Gobierno de la República con el carácter de Encargado de Negocios ante el Reino Belga. Antes de llegar al término

de su viaje lo sorprendió la muerte; y la infausta nueva que ha circulado con rapidez en toda la Nación, ha conmovido tan rudamente el sentimiento público que la pena se ha pintado en todos los semblantes y ha inundado de amargura todos los corazones.

La juventud ha perdido con Luis María Díaz un sabio y cariñoso consejero, las ciencias un sacerdote escogido, escritor atildado, que enriqueció nuestras bibliotecas con obras de reconocida utilidad, la sociedad un miembro importantísimo y la Patria un defensor incansable de la libertad y del derecho.

Arboles de extraños y remotos climas cubren hoy con su sombra las cenizas de este honrado ciudadano y excelente patriota; acaso ninguna mano amiga coloca sobre su sepulcro una sola de las coronas que entretiene el afecto y conserva lozanas el sentimiento.

Empero, nosotros que lo supimos estimar, y á quienes tan hondamente ha herido su separación, consagramos vivo recuerdo á su memoria y damos testimonio de gratitud á los empresarios de EL COJO ILUSTRADO, por la generosa manera como rinden tributo de cariño al amigo muerto.

D. G.

1893.

PENSAMIENTOS SUELTOS

(POR EL DR. J. M. NUÑEZ DE CÁCERES)

Las mujeres se quejan de que los hombres las engañan, sin acordarse de que son ellas las que quieren ser engañadas.

Más creen los hombres en Dios que en el diablo, y por eso tienen tan poco miedo del uno y hacen tan poco caso del otro.

Las pruebas fortifican la amistad y debilitan el amor.

Nada desea comer más el envidioso que el manjar que vive escupiendo.

Dime con quien andas y te diré quien eres, dice el refrán; ¿y qué debemos decir del pobre que anda con el rico?

El amor es una enfermedad que se cura en su lecho de muerte.

Cuántas cosas vería el amor si no fuera tan ciego!

Más valiera no ser absolutamente autor que serlo de ciertas obras.

Siempre ama un autor su obra, aunque sea mala, como un padre ama á su hijo aunque sea feo.

Más valen libros en blanco que ciertos libros escritos.

El oro que no tiene olor ni sabor, sabe darlos á las mil maravillas á las cosas más sucias y desabridas.

El amor es una especie de criminal que se escapa después que lo arrestan.

Sin dinero no se puede servir á Dios.

El amor vive en el corazón de los solteros y en la cabeza de los casados.

Más resiste una mujer que ama que una enamorada y mucho menos una que desea.

El viejo que se casa con una joven es como el perro del hortelano de que habla la fábula, que ni come ni deja comer.

Los hombres persiguen á la sabiduría por envidia y á la virtud por celos.

El amor es una especie de borrachera que se desvanece apurando la copa, ó repitiendo á menudo los tragos.

Los envidiosos son los únicos criminales que nunca logran ocultar el delito ni justificar al delincuente.

Odiarnos á los ricos porque hacen cosas que acaso las haríamos peores si dejáramos de ser pobres.

El papel que hacen los pobres en sociedad con los ricos, se parece al que hacen los viejos en sociedad con las doncellas.

El respeto que teníamos á un hombre honrado, y las ilusiones que nos causaban sus méritos y virtudes, se debilitan sin poderlo evitar desde el momento en que por menesterosos nos piden ó nos necesitan seriamente.

Los hombres abandonan á las mujeres por hastío; las mujeres á los hombres por desprecio.

El envidioso representa á la vez cuatro papeles: el de criminal, el de juez, el de verdugo y el de víctima.

Continuad



LA GRELE (EL GRANIZO) — Cuadro de Arturo Michelena

EL INFIERNO PRENUMERANDO

POR EL DR. J. M. NUÑEZ DE CÁCERES

CANTO I

Ningún mayor dolor, dice el poeta,
que acordarse del tiempo venturoso
cuando éste á la desdicha nos sujeta.

El numen del recuerdo sin reposo
va hundiéndose entre la herida el ferreo dardo
que causa su derramen venenoso.

Inmenso en la miseria pesa el fardo
que oprime el corazón, porque adelante
es fuerza dirigir el paso tardo.

Y cuenta su fatiga en cada instante
mil horas del martirio que en las huellas
se advierten del cansado caminante.

Perennes tempestades son aquellas
memorias que en el hondo firmamento
del ánimo oscurecen las estrellas.

Inertes en su vano pensamiento
con las alas de plomo van las horas
perdidas en quejoso desaliento.

De dorados ensueños las auroras
no vuelven á rielar en el oriente
ni á ser de otras sonrisas precursoras.

Y sigue el Dios severo en su corriente
dejando en lontananza el eco agudo
de un grito asolador que el alma siente.

Desapiadado espectro cáncer mudo
que el encono mantiene corrosivo
de incesante dolor hondo y sañudo.

Buitre implacable que en crueldad activo
le ensaña ese martirio carnívoros
el seno devorando siempre vivo.

Renaciendo inmortal al daño fiero
la víctima en su horrenda certidumbre
no espera del suplicio un fin postrero.

Pues cuando tras la noche allá en la cumbre
aparece radiante el sol temprano
nuevas penas le anuncia con su lumbre.

Tal es ese invisible y cruel tirano
que, como á las conciencias el delito
es sin reposo el roedor gusano.

No sacia, devorando, un apetito
que el mismo victimario en sus furores
le aumenta sin descanso el sordo grito.

Los días se suceden voladores
mas, lentos en el alma endurecida
ahondan los abismos de terrores.

Cada aurora del sol nueva salida
anuncia sin cesar que es nueva pena
la piedra numeraria de la vida.

La fe con sus alhagos enajena
diciendo al corazón: sigue adelante
y arrastra con paciencia tu cadena.

Que sobre la alta cumbre rutilante
está la beatitud del santo cielo
en donde son mil siglos un instante.

Y un átomo de tiempo en este suelo
hace un siglo el dolor á quien padece
en triste soledad de eterno yelo.

Tal es ese recuerdo! él encarece
la pérdida del bien que el alma llora
y en hacerlo más caro se enardece.

Por eso en vano compasión implora
quien la dulce esperanza haya perdido
de ver tras negra noche blanca aurora.

¿Remedio alguno el infeliz alcanza
que ve siempre delante el ceño austero
de un hado en sus decretos sin mudanza?

Oscura estrella es hoy aquel lucero
que un tiempo más feliz iluminaba
con luces de alegría su sendero.

El sér cuya prudencia consolaba
de mi cansada vida los desvelos
y con palabra santa al alma hablaba

Es sombra que pasó y allá en los cielos
eterna entre benditos moradores
mi triste soledad y amargos duelos

Ignora en sus divinos resplandores,
ó acaso entre las ondas del Leteo
hundió su gloria augusta mis dolores.

¿Y en este oscuro abismo en que me veo
que luz debo alcanzar si al horizonte
se aleja fugitiva á mi deseo.

Mas, nó que al otro extremo de Aqueronte
do está la noche eterna en la ribera
tu luz impedirá que me remonte.

Esta alma mía que á la tuya espera
unirse eternamente en un destino
sublime al terminar de mi carrera

— Habrá de remontarse en su camino,
el mundo abandonando, á la morada
do está la eternidad del ser divino
y donde hoy vives tú de Dios amada.

CANTO II

Era ya la estación en que de flores
el árbol de la vida se despoja
porque ya del otoño los rigores

Marchitando el verdor secan la hoja;
cuando en llanto me ví tan sumergido
que era un mar voluptuoso de congoja.

Sentíame vagar desvanecido
en esa inmensidad donde perdura
de Dios el desamor al maldecido.

¿Del hórrido Aritman era la oscura
mansión donde su espíritu acosaba
de Ormútz la indefinible desventura?

O el ofendido Dios me condenaba
en aquel infinito en que la mente
del crimen cometido se olvidaba,

A pagar por la ley del inocente
con castigos eternos el pecado
de otro réprobo infiel y delincuente?

¿O acaso del Señor abominado
corría á los suplicios infernales
por justicia divina condenado?

Oh Dios! cómo entre sombras sepulcrales
me hallaba sin haberlo comprendido
ni el término saber de tantos males!

Absorto me pregunto si han podido
mis ojos derramar tan lüengo llanto
y el alma despedir tanto gemido.

Y crece en tal dolencia mi quebranto
preguntando también si estaba muerto
ó vivo en las mazmorras del espanto.

Un hondo cenotafio era el desierto
donde seguí la verdadera vía
que lleva al desengaño duro y cierto.

Decirme la conciencia no podría
si fué de oscura noche el sueño amargo
ó el maligno sopor de un triste día

Que del mal y del bien el alto encargo
al alma revelaron luminosa
ó presa de un fatídico letargo,

Porque, ay! en la tragedia misteriosa
turbaron al amor con hiel horrenda
del odio y la Mejera veneñosa.

Ví la suerte futura en la vivienda
de aquellos que en el mundo cometieron
el crimen sin razón y sin enmienda.

Y en el futuro ví los que ya fueron
privados al presente de esa lumbre
divina y eternal que ya perdieron.

Porque habiendo explorado hasta su cumbre
el reino de Aritman, de guerra y odio
será la maldecida muchedumbre.

¿Y cómo he de callar ese episodio
que explica nuestro amor y desventura
y en que fuiste mi lábaro y custodio?

Por la ciega pasión que en mí perdura
llevado en el influjo del averno
olvidé tus consejos y ternura.

Perdona si las furias sin gobierno
que el alma en su rencor me han anegado
nublaron tu recuerdo amable y tierno.

Y ya que en tantas penas me has dejado
perdona dulce amiga ese quejido
que es tu amor lo que causa mi pecado.

De un anhelo insaciable compelido
pido en vana plegaria á la esperanza
contigo me devuelva el bien perdido.

Pero es vana al dolor la remembranza
del Dios que allá nos brinda por consuelo
el cáliz de la bienaventuranza.

Que el laso peregrino sobre el suelo,
y en las inmensidades del vacío,
es sordo á la razón y olvida al cielo.

¿Y en tí que tregüas implorar, bien mío,
si cuanto el alma con vehemencia anhela
yace en la tumba inanimado y frío?

En este asfduo afán que me desvela
é induce á tal deliquio el pensamiento
que olvida hasta la fe que nos consuela,

Atónito del propio sentimiento,
y hundido en inefables impresiones
que buscan al pesar nuevo argumento

Giraba en torbellino de visiones
que evocando mi negra fantasía
la llevaron del Orco á las regiones.

No era el velo de noche, no era el día,
el caos ni la nada, y era en todo
el bátrato insondable en que yacía.

Vorágine de larvas, luengo Exodo
del lívido Aqueronte desprendido
en ruda confusión y extraño modo.

Jadeaba el corazón tan oprimido
que ignoro si era en sueños ó despierto
que á mi propio dolor quedé rendido.

Dudoso le interrogo si está cierto
de haberme trasportado al otro mundo
que la horrenda verdad me ha descubierto

Pesadilla de un drama tan fecundo
en temas de la muerte fabulosa
que en mi vida dejó rasgo profundo.



NIÑO ENFERMO — Cuadro de Arturo Michelena
Premiado con la 2ª Medalla en el Salón de París



CARLOTA CORDAY — Cuadro de Arturo Michelena

Oh Dios! como la imagen dolorosa
en la página abierta del pasado
ví pura, cual María congojosa.

El libro inexcutable donde el hado
tiene escritos del hombre los destinos,
por ella en mi visión fué revelado.

Allí con caracteres peregrinos
lef la tremebunda desventura
dictada por los árbitros divinos.

Y ví con desconsuelo y amargura
sufriendo para el mal, á la inocencia
la pena de su amor y su ternura.

Porque, ay! la incomprensible Providencia
la condena á pagar por el pecado
de que ella es responsable en la alta ciencia.

Vuelto del sueño á mi primer estado
confuso me pregunto si he vivido
en tenebrosa tumba sepultado,

Mas viéndome de nuevo revivido
á este valle de lágrimas sin cuento
á donde no regresa el que ha partido,

Más dura es mi congoja porque siento
cuánto el afán de la cansada vida
acrece el cruel dolor de mi tormento.

Y porque en esta senda aborrecida
la memoria infeliz del ser amado
es la sentencia de la ley cumplida.

Ay! cuanto en remembranzas lacerado
me siento el corazón desde aquel día
en que fui por su rayo traspasado!

Y en doliente deliquio el alma mía
lo siento palpar con tanta pena
que en él corre la sangre lenta y fría

El tiempo recordando en que serena
la vida era el encanto de mi asilo
cual en rudo breñal blanca azucena.

Mas la parca insensible cortó el hilo
de esa amiga tan cara á mi existencia
hoy eco de mi espíritu intranquilo.

Y el genio vengador de la inocencia
por el de la injusticia ó por el hado
en hondo sueño ó en fatal ausencia

Yacía en mi desierto retirado.
Oh noche del horror! lóbrega noche
del mísero en sus penas agobiado!

Lenta, penosa, en su enlutado coche
de mi doliente funeral desvelo
perdona y no maldigas el reproche.

Pero ay! en el penar y desconsuelo,
mensajeros del alma y la memoria,
aún puedo recordar en hondo duelo
de mi visión la desolada historia.

CANTO III

Al véspero cercano de la vida
me encontré en una selva tan oscura
que no vieron mis ojos la salida.

Alzábase á las faldas de una altura
de espesos nubarrones coronada
que hacían más profunda su tristora.

La maleza era allí tan intrincada
que en el lóbrego seno del recinto
Uriel no hallara á su esplendor la entrada.

El hosco y tenebroso laberinto
de vespertina luz débil celaje
penetraba tal vez; mas, tan extinto

Por entre su caótico ramaje
que nunca hasta los términos del suelo
señalaba una huella en su pasaje.

Por sobre sus titanes denso velo
de pavorosa niebla se extendía
que ocultaba en momentos todo el cielo.

Apenas rara vez se distinguía
una ráfaga pálida y serena
que una flébil fantasma parecía.

El pavor inspiraban en la árdua escena
los seculares troncos retorcidos
de que estaba la selva en torno llena.

Figuraban Briareos adormidos
ó espectros de diabólicos Phitones
que turbaban la mente y los sentidos.

Fantásticas siluetas de escorpiones
parecían en brazos de titanes
ó abortos de satánicas regiones.

Mudas sombras que en rudos ademanes
mantenían en alto levantadas
sus enormes saetas de alacranes.

Allá en la oscuridad más retirados
de otros árboles, ruinas se veían
como cuernos de toros encarados.

Y en otros á la mente se ofrecían
cual brazos de malélicas arañas
que mónstruos en sus redes sorprendían.

De este modo la selva en sus entrañas
á la imaginación como á la mente
narraba pesadillas tan extrañas

Que á mi alma aparecieron tristemente
mansiones de los seres maldicidos
hijos del mal en la execrable gente.

Parecíame oír hondas gemidos
que de larvas tartarias y horrores
dejaban percibir en los oídos.

Abismos insondables donde ansiosas
las hijas de la muerte sin tardanza
ejercen sus tareas ominosas,

Donde el réprobo infiel jamás alcanza
de Astrea la piedad sino el castigo
del eterno dolor sin esperanza.

Por que siendo de Dios el enemigo
opresor y tirano de este mundo
sus iras y rencor lleva consigo.

Concluirá

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

El Rey que rabió.—"Obreros del Porvenir".—Insalubridad.—Saludo.—Neecrología.—Otra vez el revólver.

El gran éxito de estos días ha sido el obtenido en el Teatro Caracas por *El Rey que rabió*, zarzuela de Chopi con libreto de Ramos Carrión y Vital Aza.

Como diez representaciones con teatro pleno se han dado ya de aquella grandiosa zarzuela, lo cual es extraordinario entre nosotros, donde sólo se ven los teatros de bote en bote, no diré por muerte de un obispo ni una vez por la cuaresma, porque entonces la vacuidad de los teatros es cajonera, permítase el dicho; pero sí sólo en los estrenos de compañías muy repicadas ó cuando es libre la entrada.

El Rey que rabió no ha hecho pues rabiar á la empresa sino todo lo contrario.

Puede ser que hayan rabiado algunos padres de familia, tan larga ésta como corto el sueldo, que se hayan visto constreñidos por la lechigada á llevar una morocotilla al debe del ramo de Rectificaciones del Presupuesto; ó alguna polluela que esté llevando luto por consideración y rabie contra el difunto mientras que el difunto rabia por su lado contra el parentesco de las pollas parranderas.

También han rabiado y mucho contra la falta de educación todos los que han tenido que ver de pie las representaciones de la chistosa zarzuela, á causa de haber encontrado algún *chivato* adueñado del asiento cuyo número lograron obtener en la taquilla á fuerza de heroísmo para soportar estrujones y abrirse campo á puño limpio.

El hecho es que si no faltan quienes hayan rabiado, á éstos no se les ha visto, mientras que á los que han reído, que son todos los que pueden permitirse el lujo de ir al teatro siquiera sea una vez al año, á éstos sí los hemos visto reír y con estrépito de los innumerales y finos chistes con que Ramos Carrión y Vital Aza sembraron la obra que ha agradado á nuestro público tanto como á los de Madrid y otras capitales europeas.

Si j'etai roy! Muy bueno debe de ser eso de llamarse rey, aunque de mentirijillas como los que ahora se estilan por el viejo continente, ya que, á Dios gracias, en el de Colón no se encuentra uno ni para remedio, bien que ellos no sirven para eso sino que por el contrario se suele, donde los hay, buscar remedio contra ellos. Ni más ni menos que como suelen andar casi todos los pueblos de la América española buscando remedio contra los que, si no son reyes se les parecen tanto que... vamos, la diferencia no ha sido á las veces sino cuestión de nombre, y cuántas en la comparación salen los señores de cetro gananciosos.

Cosa muy buena debe de ser cuando sólo hay memoria de uno que haya rabiado, en tanto que, como se dice en la obra que nos ocupa, los que rabian de ordinario son los súbditos. Entre éstos apenas habrá alguno que no haya rabiado, y ni tanto.

Ahora, si los reyes fueran todos tan naturalotes y buenos muchachos como el que nos presentan Ramos Carrión y Vital Aza, y, sobre todo, si tuvieran el palmito y la gracia del que se nos ha mostrado en estos días, aunque tuvieran unos ministros tan ministros como aquellos, no habría razón para rabiar sino para andar detrás del rey pidiéndole *bis* cada vez que abriera la boca.

Dejemos rabiar al general Consejero de la Guerra y al maldiciente Jeremías, y reír al rey y al público, y pasemos á un asunto que hará rabiar á los espíritus retrógrados.

Desde el 26 del mes último está al servicio del público la Biblioteca "Obreros del Porvenir," llamada durante su fundación Biblioteca "Ateneo." Muchos habrá que ignoren el cómo y cuándo se creó esta obra de utilidad pública y de qué modo y sólo por el esfuerzo particular se ha llevado á cabo para provecho de la sociedad en general y muy legítima satisfacción de los que estamos viendo coronarse nuestros esfuerzos por el éxito deseado.

Al extinguirse la sociedad "Unión Filarmónica," de grata recordación, existía un fondo de ocho á diez mil bolívares, perteneciente á aquella sociedad y depositado en la "Caja de Ahorros de Caracas." Dispuso la última asamblea general de la expresada sociedad que fuese aquella suma invertida en una obra de utilidad pública, y nom-

bró una comisión con tal objeto, investida de plenas facultades. Fueron designados á este efecto los señores Manuel Revenga, José Antonio Mosquera, José Antonio Sánchez, Juan de D. Méndez, hijo, Carlos Zuloaga y el autor de esta revista, á quien cupo la honra de quedar como presidente de la comisión.

Débase al señor Revenga la idea de crear con los fondos de la extinguida "Unión Filarmónica" una biblioteca pública, y ofrecióse con espontaneidad é interés recomendables á cooperar á este propósito el Dr. Nicomedes Zuloaga, quien desde luego se dió por incorporado á la comisión de la que desde entonces forma parte, y la cual se complace en reconocer cómo á la contracción y esfuerzos del señor Dr. Zuloaga se debe en gran parte el éxito alcanzado.

Lanzada la idea tuvo en el público favorabilísima acogida, y acrecentados los fondos que existían con el producto de la venta del piano, del archivo de música, y de algunos otros efectos de la extinguida sociedad y con los donativos de los particulares, la comisión procedió á poner en práctica la fundación de la biblioteca haciendo á Europa encargos de obras escogidas y modernas, comprando en Caracas selectas bibliotecas particulares y solicitando donativos de otros. Agente eficazísimo de la comisión fué en Europa el malogrado Luis López Méndez, quien acogió con entusiasmo el pensamiento, y falleció desgraciadamente cuando empezaba la comisión á palpar los resultados de la diligente é ilustrada cooperación de aquel distinguido compatriota.

Obtúvose, luego, del Gobierno Nacional la cesión del local que hoy ocupa la Biblioteca y proveyósele del indispensable mobiliario, decente aunque modesto. En seguida procedióse á la organización que se efectuó con la rapidez que permitía la llegada de las remesas de obras, hasta que obtenido un número suficiente de volúmenes, empezóse la formación del catálogo, tarea árdua y dilatada y tanto más difícil cuanto que ya estaban para entonces los fondos agotados. Es de este lugar hacer justicia al joven L. Urbaneja A., actual bibliotecario, por el desinterés, la contracción y la eficacia con que cooperó á la formación del catálogo, ejerciendo por varios meses y sin remuneración alguna el cargo que sigue desempeñando con perfecta idoneidad.

Cosa de cinco mil volúmenes de obras escogidas sobre ciencias, artes é industrias posee la Biblioteca "Obreros del Porvenir" y por mucho tiempo aún hubieran permanecido sus puertas cerradas para el público, si un nuevo esfuerzo de la comisión, eficazmente secundada por el patriota y progresista caballero Agustín Valarino y algunos otros respetables señores, no hubiera venido á darla el necesario impulso.

A la mano tiene hoy, pues, el pueblo de Caracas tesoros de instrucción que no han de parar aquí, como que se propone la comisión que dentro de breve tiempo se den en el propio local de la Biblioteca cursos nocturnos sobre diversas materias.

Mucha es la satisfacción de los que hemos formado la Comisión Fundadora de la Biblioteca "Obreros del Porvenir" al haber dado cima á nuestro empeño; pero toca ahora al mismo beneficiado, á la población de Caracas, apoyar y sostener la obra para que se consolide y sea fecunda en resultados.

Después de largos años de ausencia, viene á visitar su amada patria el notable médico y distinguido escritor venezolano Dr. Santiago Ponce de León, amigo de todo nuestro aprecio, á quien deseamos días bonancibles y de gracia expansión en el seno de los numerosos y verdaderos amigos que tiene en Caracas.

Cruel y violenta enfermedad ha puesto fin á los días del joven Bernardo Blanco, hijo de don Eduardo Blanco. Muy joven era y mucho amaba la vida, que no tenía para él sino sonrisas, y estamos seguros de que ni presenta su próximo fin ni se hubiera allanado fácilmente á la idea de desaparecer de en medio de las flores de la juventud, cuando su clara inteligencia le advertía de la existencia de vastos horizontes que su juvenil ardor ansiaba devorar.

Un sentido recuerdo enviamos hoy al afligido padre y rogamos por el eterno descanso del hijo.

Largamente hablamos en la primera de estas revistas sobre el abuso de llevar armas los ciudadanos en poblado y clamamos porque se dictasen medidas que pusiesen coto al mal. Desgraciadamente de entonces á hoy no hemos tenido motivos sino para deplorar que se siga viendo con indiferencia tan grave asunto, y para clamar nueva-

mente porque se tenga presente que algo vale la vida de los ciudadanos pacíficos, expuestos á ser despachados á cada instante al otro mundo por casualidad y sin responsabilidad alguna para el homicida. ¿A dónde vamos á parar?

Hace pocos días se descubrió por la calle de San Juan la *inocente* diversión en que habían dado algunos *inofensivos* vecinos de aquella parroquia, de colocar cápsulas de revólver en los rieles del tranvía para escuchar las detonaciones y reírse luego probablemente si alguna bala pegaba en carne humana. Hasta este escandaloso y bárbaro extremo ha llegado ya el mal, gracias á la falta de medidas preventivas, á la impunidad y á la circunstancia de que ya el revólver se vende como carne y las cápsulas como pan, de suerte que si antes sólo los que tenían enemigos andaban prevenidos, ahora tiene uno que andar de idéntico modo aunque sólo tenga amigos, y considerando como agresor involuntario é irresponsable á todo el que lleve revólver en la cintura, que entre paréntesis es todo el mundo.

¿Por qué es libre, absolutamente libre la venta de revólvers y de cápsulas? ¿Por qué no se establece sobre esto una severísima prohibición, con fuerte multa y largo arresto para los infractores? ¿Ante quién reclaman la viuda y los huérfanos de un hombre muerto *por casualidad* en medio de la calle? ¿Quién les dará el apoyo arrebatado en un segundo por un imbécil que juega con su revólver y mata por casualidad y se queda tan fresco?

Estamos inundados de revólvers: no hay escaparate de almacén al pormenor donde no se exhiba á plena luz del día la mortífera mercancía, con la impasibilidad con que se pudiera exhibir el pomposo anuncio de un elixir de larga vida.

Dios nos asista!

POEMA DEL DOCTOR NÚÑEZ DE CACÉRES

Después de los *Pensamientos* comienza El Cojo ILUSTRADO á publicar del Doctor Núñez de Cáceres uno de sus muchos y muy originales poemas. Principiamos hoy con *El Infierno Prenunciando* obra que revela en su autor, además de su reconocida y varia ilustración clásica, un fondo de seriedad de juicio y análisis de observación del todo recomendables.

Gozarán de seguro nuestros lectores con esa producción del afortunado vate que ha sabido recorrer con éxito en la esfera literaria todos los campos de ameno y profundo cultivo.

CAUSA CÉLEBRE DE UNA MÁQUINA DE VAPOR

En nuestro próximo número vamos á reproducir, á petición de varios amigos, este chispeante juguete que tanto agradó en su época, y que aún después de cuarenta años es recordado con placer por muchos aficionados, y que tiene el mérito de recordar la inauguración de la primera máquina de vapor en el puerto de La Guaira y quizá en Venezuela. Esperamos que nuestros lectores habrán de agradecernos dicha reproducción.

LOS DOS POEMAS

Al estruendo del mar, sobre un peñasco
Homero meditaba su poema,
Y oyó una voz, la voz del Universo,
Que le dijo al través de las tinieblas:

"Sólo serán palabras tus estrofas;
No abarcarás, enano, mi grandeza.
Son mis estrofas astros y montañas
Y nota de mi arpa, la tormenta."

Dilatando su alma en lo Infinito
Al Universo replicó el Poeta:

"Convertiré los dioses en estrofas" . . .
Y siguió meditando su poema.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



SEPULTURA INDÍGENA

TRIBUS INDÍGENAS

A MI MAESTRO SEÑOR DOCTOR ARISTIDES ROJAS

La pujanza y dureza castellanas en la Conquista y la Colonia; y más después, nuestra actitud Independiente y Soberana, redujeron los restos de tribus indígenas, á las más profundas soledades de las selvas del Orinoco, del Río Negro, del Amazonas, del Guaviare, del Inírida, del Atabapo, del Yapurá. . .

El indio de hoy, parece una sombra. Pasa, y se cree que es arquetipo de la ilusión ó del dolor.

Al contemplar su rostro lívido, demacrado y como lleno de espanto y terror, diría-se que son los Jeremías de su raza.

He observado, con alguna atención, las tribus indígenas, desde las bocas del Orinoco, hasta San Carlos de Río Negro; y desde el Guaviare y el Inírida, hasta Caracas del Yari.

Aisladas las unas de las otras, tristes, llenas de preocupaciones, en guerra mu-

chas veces, son, sin embargo, idénticas todas.

Ninguna noción del Sér Supremo.

Ninguna idea de la Patria, ni de los grandes sacrificios, que se hicieron para establecerla.

El indio es un ser-hongo.

Tiene su parte, naturalmente, en la luz, en algunas tendencias orgánicas, en las aspiraciones de su instinto.

Pero nada más, maestro.

Nace, vive y muere como la planta, que abre á cada aurora su capullo, hasta que el sol meridiano marchita los pétalos de la flor! . . .

Después del raudal de San Borjas, la primera tribu que se encuentra es la de los *Piaroas*, que demoran al sur de Átures y son indolentes, esquivos y tan preocupados, como es consiguiente que lo sean hombres que huyen al trato social.

Se alimentan de yerbas y lombrices.

Los *Guahibos* se extienden desde Yari-bén hasta las orillas del Vichada y sus inmediaciones.

En esta tribu feroz, se ha efectuado un cisma.

Los *Guahibos Cuibas*, parcialidad agreste y dura, se ha establecido entre Yari-bén y las orillas del Meta.

Asalta y saquea las embarcaciones; y aunque comete á veces asesinatos, no he oído decir que sean antropófagos.

La otra mitad, mansa y laboriosa, se encuentra en el espacio que media entre el raudal de Guahibos y el Vichada. Por sus troncos y relaciones con los *Sálivas*, niegan su origen, y tienen hábitos más regulares.

Los *Banibar*, ocupan ambas orillas del Atabapo, y es su índole dócil y benévola.

Los *Puinabes*, viven en el Inírida, entregados á ciertas labores campestres.

Los *Guaviare*, están en las ondas de su turbio y torrencioso río, entregados únicamente á la pezca.

Los *Baré*, se encuentran desde el istmo de Pimichín, hasta la frontera del Brasil; y los *Macos* y *Maquiritares*, se ven desde el Ventuari, hasta el raudal de Guarahibos.

Son estas las tribus que pueblan el Alto Orinoco.

En su totalidad moran en los bosques; temerosas, apartadas las unas de las otras, salvajes, y sobre todo, fuertemente preocupadas del espíritu del Mal que dicen las persigue.

Y sabe usted una cosa, mi querido maestro?

El *Mal*, somos nosotros!

Todo individuo que llega al Alto Orinoco, para el indígena, es *español*.

Y el heroico castellano, representa, por tradición, para el indio, la matanza, el incendio, la usurpación de la conquista.

De ahí su indolencia, su abandono, porque vió perecer hasta sus dioses, su odio mal disimulado.

La muerte natural de alguna persona: la repetición de un fenómeno celeste: son motivos para que el indígena deje el pueblo y vaya á ocultarse en la espesura de los bosques huyendo del espíritu de daño ó mal que los persigue!

Ese espíritu, es el último *español*, llegado al Territorio.

Con semejantes hombres, fué imposible para el castellano y de toda dificultad para nosotros, á pesar de nuestras leyes, establecer nada positivo.

Por lo demás, mi querido maestro, ningún sentimiento de pudor, de moral, de religión, siquiera de asimilación en el indígena.

No crea usted que los quiero mal, sino que los encontré refractarios á nuestra civilización y á nuestra patria.

El indio no es más que indio.

Y anda desnudo.

Y el hijo se casa con la madre!

Y la hija con el padre!

Y entre sí los hermanos!

Ni siquiera se ocupan de ellos mismos.

Tribus hay como los *Banibar* que viven en miserables chozas cubiertas de hojas de palmas.

La generalidad, á sol y luna en las orillas de los ríos, ó á la sombra de sus grandes árboles.

Otra circunstancia curiosa, maestro.

Entre los indios vive el macho en el chinchorro ó entre la linfa del río.

La hembra, trabaja la tierra, pesca, teje redes, viaja, fabrica el rancho.

Juzgue, mi querido maestro.

JUAN S. LARRAZÁBAL.



VENEZUELA — INDIGENAS DEL ORINOCO Y RIO NEGRO. — Curiara y Chozas de indios



'CHAMUCHINA en el Atabapo



INDIA BANIBAR



INDIO PIAROA



INDIO BARÉ

NUESTROS GRABADOS

Illmo. señor Silvestre Guevara y Lira

El retrato que hoy publicamos del señor Guevara y Lira es tomado de una buena fotografía y además de notable parecido. Aparecerá también en un folleto que se imprime actualmente en la Tipografía Moderna, relativo a la vida del inolvidable Prelado. En otra sección dedicamos algunas palabras a la memoria venerada de Monseñor Guevara y Lira.

Arturo Michelena

Cuanto no conozcan personalmente al célebre pintor compatriota nuestro que ha visto desfilar en estos días asombrada delante de sus cuadros a la población de Caracas, ya pueden formarse una idea muy aproximada de su persona física por el retrato que hoy publicamos, el cual es de muy notable semejanza.

En otra sección acompañamos de algunas palabras la aparición del retrato del talentoso y modesto artista.

Don Isidro Espinosa

Ya en uno de nuestros números anteriores, con motivo de la muerte del señor Espinosa, de él habló acertadamente y en su correcto y elegante estilo nuestro apreciable colaborador J. J. Breca.

Con doble motivo publicamos hoy el retrato de Don Isidro Espinosa, así porque quede completo el homenaje nuestro a aquel distinguido ciudadano, como porque el retrato es un fácil y muy apreciable trabajo de Arturo Michelena, quien profesó al señor Espinosa cordial amistad.

Doctor Luis M.^a Díaz

Investido con el alto carácter de Ministro de Venezuela en Bélgica, a esta nación se dirigía el señor Doctor Luis M.^a Díaz, cuando a deshora le sorprendió en París la muerte.

Fervoroso patriota, el Doctor Díaz consagró su vida

toda al bien de su país y por él hizo sacrificios de todo género. Quiso Dios que hallase su fin aquel notable ciudadano cuando á recibir iba el premio que le daba la nación por sus desvelos.

Recomendamos á nuestros abonados la lectura de los rasgos biográficos del Doctor Luis M.^a Díaz, con que hoy nos obsequia nuestro amable colaborador Alirio Díaz Guerra.

Chamuchina en el Atabapo—Curiara y choza de indios—Sepultura indígena—

Tipos de indios

Tenemos unos compatriotas cuyos tipos y costumbres son desconocidos para gran parte de los habitantes civilizados de la República. ¿No se quejarían ellos, y con razón, de que desconocemos el derecho que les asiste de ver sus efígies y sus costumbres popularizadas por EL COJO ILUSTRADO al igual de los del resto de los venezolanos? Para no darle motivo de queja, pues, publicamos hoy algunos retratos de los



INDIOS MAQUIRITARES



INDIOS MACOS



INDIOS MAQUIRITARES

señores indios del Orinoco y Río Negro y algunas vistas que dan idea de sus costumbres.

El señor Juan S. Larrazábal, que ha residido por algún tiempo en aquellas regiones, ha tenido la bondad de facilitarnos los apuntes sobre el mismo asunto que acompañan a las vistas mencionadas.

Penthesilea—El Granizo—El niño enfermo— Carlota Corday

Con alguna extensión habló en el número anterior, en la Revista de la Quincena, nuestro corrector Eugenio Méndez y Mendoza, de los tan justamente celebrados cuadros de Arturo Michelena que hoy reproducimos en grabado, y que irán en su mayor parte a figurar en la exposición de Chicago para honra nuestra y de la América española.

Nos permitimos remitir de nuevo a los lectores a la Revista de la Quincena de nuestro número anterior.

En el próximo publicaremos la reproducción de los cuadros de otro notable y muy aplaudido artista venezolano, el señor Antonio Herrera Toro, nuestro inteligente colaborador y amigo muy estimado, cuyas obras irán también a abrigar la sección venezolana en la mencionada exposición.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Un silencio tan profundo a las pocas horas de haber salido del ruido de París! ¡Aquel método tranquilo de vida de gentes del otro mundo, que andaban por entre la bruma, ocupándose en sus pequeños asuntos! ¡Aquellas casas viejas, de granito sombrío, ennegrecidas por la humedad y por un resto de noche!

Todas estas cosas esencialmente bretonas, que la encantaban al presente porque amaba a Juan, la habían parecido, la mañana aquella, de una desoladora tristeza. Las mujeres madrugadoras abrían ya las puertas de sus casas, y al pasar echaba una mirada a las vetustas cocinas de enorme chimenea, donde se veían sentadas en tranquilas actitudes a las abuelas que acababan de dejar el lecho y tenían ya su gran cofia encasquetada. Así que fué un poco más de día, entraron en la iglesia para rezar sus oraciones. ¡Cuán inmensa, pero cuán tenebrosa, le había parecido la magnífica nave del templo, y qué diferente de las iglesias de París!

Y no era, seguramente, que la joven sintiese en demasía haber dejado el bello París, aún cuando hubiese en él tantas cosas hermosas y divertidas. Por de pronto, se encontraba en París muy poco a sus anchas, efecto de la sangre de marinos que corría por sus venas; además, se consideraba allí como una extranjera; como si dijéramos, fuera de su sitio. Las parisenses eran para ella unas mujeres cuyo fino talle tenía una curva artificial; que tenían un modo de andar especial y de contonearse, embutidas en estuches emballados, y era ella demasiado inteligente para haber tratado jamás de remedar servilmente aquellas cosas. Con sus cofias bretonas, encargadas cada año a la modista de Paimpol, se encontraba como encogida en las calles de París, sin darse cuenta de que si las gentes se volvían para mirarla, era sencillamente porque estaba encantadora.

Entre tantas parisenses, habladas de una distinción que, la atraía, pero inaccesibles para ella. En cuanto a las otras, las de condición más inferior, con quienes le hubiera sido fácil trabar relaciones, se mantenía apartada de ellas desdeñosamente, no considerándolas dignas de su amistad. Por lo tanto, había vivido sin amigas, casi sin otra sociedad que la de su padre, cuyos negocios le tenían casi siempre ausente, y estaba bien acostumbrada a la soledad y al aislamiento.

Pero de todas suertes, se había sentido impresionada de una manera penosa por la tristeza de aquel regreso a Bretaña en pleno invierno. Y la idea de que todavía tendría que pasar cuatro ó cinco horas más en carruaje, para hundirse más aún en aquel país lúgubre, antes de llegar a Paimpol, le causaba una opresión inquietante.

Toda la tarde de aquel día gris y sombrío viajaron, en efecto, su padre y ella en una pequeña diligencia, por cuyas numerosas rendijas penetraba el viento, pasando por tristes aldeas, bajo fantasmas de árboles que trasudaban la bruma en finisimas gotas.

Bien pronto hubo necesidad de encender los faroles, y a su luz no tardaron en verse dos fajas de un verde intenso, que parecían correr delante, de los caballos a ambos lados del camino.

¿Cómo, de pronto, aquella verdura de tan bello matiz en el mes de diciembre?

Asombrada, Margarita sacó la cabeza por una de las ventanillas, para ver mejor; no tardó en reconocer los juncos, los eternos juncos marinos de los senderos, que en el país paimpolés no se agostan nunca. Al mismo tiempo, se levantó una brisa n.º templada, que al momento comprendió era la brisa del mar.

Hacia el fin del camino se le ocurrió esta reflexión: —¡Calle! puesto que nos hallamos en pleno invierno, ahora si que voy a ver a esos famosos pescadores de Islandia, de quienes tanto he oído hablar.

Los vió, en efecto, y su corazón quedó prendado por uno de ellos.

IV

La primera vez que vió a Juan fué el día siguiente al de su llegada, en la función de iglesia de los islandeses, que se celebraba el 8 de diciembre, día de Nuestra Señora de la Buena Nueva, patrona de los pescadores. Fué un poco después de la procesión, cuando todavía las ventanas de las casas estaban adornadas de colgaduras blancas, ilustradas con ramos de hiedra y flores invernales.

En aquella función la alegría era pesada y un tanto salvaje, bajo un cielo triste. Alegría ruidosa, pero no del todo sincera, formada de vigor físico y de alcohol, sobre la cual pesaba, más que sobre otras, la universal amenaza de la muerte.

Por lo demás, gran ruido en Paimpol; tañido de campanas y cantos de sacerdotes en la iglesia: canciones rudas y monótonas en las tabernas; viejas cantinelas venidas del mar ó de no se sabe donde, en la profunda noche de los tiempos. Grupos de marineros dándose el brazo, haciendo zig-zags de una a otra acera, tanto por la costumbre del balance, como por un principio de embriaguez, y echando a las mujeres ojeadas tanto más vivas, cuanto más largas habían sido las abstinencias forzadas de la vida del *largo*. Antiguas casas de granito encerrando aquel hormigueo de gentes; techos antiquísimos denunciando su lucha de muchos siglos contra los vientos del Oeste, contra las lluvias, contra todo lo que el mar lanza sobre la tierra, pero que también contaban en su mudo lenguaje las historias de amor ó de audacia a que habían servido de abrigó.

Y sobre todo aquello flotaba un sentimiento religioso, una impresión del pasado, con un respeto del culto antiguo, de los símbolos que preservan del mal; de la Virgen purísima é inmaculada. Al lado de las tiendas de bebidas, la iglesia con su pórtico, sembrado de verdes hojas, con sus puertas abiertas, por las que salía olor de incienso; con sus cirios brillando en el fondo de la nave, y sus *ex-voto* de marineros, colgados de la sagrada bóveda. Al lado de las jóvenes enamoradas, las prometidas de los pobres pescadores desaparecidos; las viudas de los naufragos, saliendo de las capillas con sus largos mantos de luto y sus cofias lisas, los ojos bajos, silenciosas, discuriendo por en medio de aquel rumor de vida como una sombría advertencia. Y allí, bien cerca, la mar anchísima, la gran nutridora y la gran devoradora de aquellas generaciones vigorosas, también agitando, también haciendo su ruido, tomando también su parte en la fiesta...

Margarita recibía la impresión confusa de todas estas cosas juntas. Excitada y risueña, con el corazón oprimido en el fondo, sentía que una especie de angustia se apoderaba de ella, a la idea que tal país había de ser el suyo para siempre. Paseábase por la playa — en la que había cucañas y volatineros — en compañía de unas amigas que la decían los nombres de todos los jóvenes de Paimpol ó de Ploubazlenec que se encontraban a su paso. Entre un grupo de «islandeses» que estaban muy entretenidos oyendo las canciones de unos músicos ambulantes, distinguió a uno que la llamó la atención por su estatura de gigante y sus hombros excesivamente anchos, y no pudo reprimirse de exclamar con cierto tonillo burlón:

— ¡Ese sí que es grandote!

Se sobrentendía que que había querido decir:

— ¡Qué estorbo un marido tan grande para la que se casa con ese hombre!

Como si la hubiese estado escuchando, el aludido se volvió de pronto hacia ella, y la envolvió de pie á cabeza en una rápida ojeadada, que parecía significar:

— ¿Quién será ésta que lleva tan elegantemente la cofia de Paimpol, que es tan guapa, y á la que nunca le visto?

Sus ojos se desviaron en seguida, por política, y de nuevo pareció muy ocupado de los cantantes.

Margarita, que había preguntado sin avergonzarse el nombre de otra porción de jóvenes, no se atrevió

á preguntar el de éste. Aquel hermoso perfil apenas entrevisto, aquel mirar orgulloso y un poco salvaje, emanando de unas pupilas pardas, que se movían en unas órbitas de azul ópalo, la habían impresionado intimidándola.

El joven de quien se trata era precisamente «el chico de Gaos», á quien la señora Moan le había pintado como un gran amigo de Silvestre. Aquella misma tarde encontraron a éste del brazo de su gigantesco amigo, y recibieron el saludo de ambos.

El pequeño Silvestre de antes, en el acto tornó á ser para la joven, como en tiempos atrás, una especie de hermano. A fuer de primos lejanos que eran, continuaron tuteándose. Cierta que ella, al principio, vaciló en autorizar esa intimidad á un muchachón de diez y siete años que ostentaba poblada barba negra; pero como Silvestre seguía conservando en sus ojos la misma suave expresión de la niñez, ella acabó por hacerse la ilusión de que nunca se habían perdido de vista. Cuando subía á Paimpol, Margarita—ó Gaud, como él la llaba—le convidaba á comer, y por cierto que lo hacía con envidiable apetito. El pobre Silvestre no comía en su propia casa todo lo que podía admitir su robusto estómago.

A decir verdad, Juan no se mostró muy galante con ella en aquel primer encuentro. Habíase limitado á quitarse el sombrero con un ademán tímido, aunque lleno de nobleza, y después de haberla envuelto en una de las rápidas ojeadas que le eran peculiares, había mirado hacia otro lado pareciendo muy contrariado por semejante encuentro, y sentir deseos de continuar su camino.

¡Qué cambio tan profundo se había operado en Margarita desde aquella época, y qué diferencia entre el ruido de la fiesta de entonces y la tranquilidad de ahora! ¡Qué silencioso, qué vacío estaba Paimpol en aquel largo crepúsculo de mayo que la retenía en su ventana, sola, pensativa y enamorada!

V

La segunda vez que se vieron fué en una boda, en la que «el chico de Gaos» había sido designado por los padrinos para darle el brazo. Al pronto, ella se sintió contrariada al reflexionar que se vería obligada á desfilar en público del brazo del joven, en quien todo el mundo se iría fijando á causa de su elevada estatura, y que probablemente no sabría decirle nada por el camino. Decididamente, el tal Juan la intimidaba con su aire de pocos amigos.

A la hora marcada todos los que debían formar el cortejo estaban reunidos, salvo Juan Gaos, que no parecía. La concurrencia se impacientaba, y hablaban ya de no aguardarlo: Entonces fué cuando ella se dio cuenta á sí misma de que si se había esmerado en su *toilette* había sido por él solo; que con cualquiera otro de los demás, la fiesta, el baile y todas las diversiones hubieran resultado para ella exenta de todo placer.....

Por fin se presentó Juan, asimismo vestido con esmero, y sin torpeza ni embarazo presentó sus excusas á los novios y á la familia por haberles hecho aguardar tanto. He aquí lo que había ocurrido, según sus explicaciones: de la costa inglesa se había recibido aviso de que grandes bancos de pescados, que nadie esperaba, debían pasar por la tarde un poco al largo de Aurigny, y á tal noticia, todo cuanto barco existía disponible en Ploubazlenec, había aparejado sin pérdida de momento. Gran emoción en las aldeas de pescadores. Las mujeres buscando á sus maridos por las tabernas, empujándoles para hacerles correr, trabajando ellas mismas para ayudar á izar las velas; por fin, un zafarrancho general en todo el país.

Juan relataba todas estas cosas con extremada aflicción, en medio de los concurrentes, que le oían con atención; acompañaba sus frases con gestos y guiños que le eran peculiares, y no abandonaba una sonrisa plácida, que dejaba entrever su brillante dentadura. En cuanto á él, para poder asistir á la boda había tenido que buscar otro marinero que lo sustituyera provisionalmente y hacerlo aceptar por el patrón del barco, á trueque de perder su parte en la pesca. De ahí su tardanza involuntaria.

Un motivo de esta índole estaba perfectamente al alcance del público de pescadores y pescadoras que le escuchaba: todos ellos sabían que las circunstancias de su existencia estaban más ó menos sometidas á las cosas imprevistas del mar, á los cambios de

Continúa

CAUSA CELEBRE

DE UNA MAQUINA - VAPOR

I

En la villa de la Guaira
Y á catorce de diciembre
Del año cincuenta y tres
De este siglo diez y nueve;
Juntos á la *fefetura*
Política, comparecen
Unos tantos ciudadanos
Ante el político jefe.
Allí están los Escobares,
Los Brecas y los Gonelles;
Reynaud de brazo con Schimmel
Y con Mendoza, Gutiérrez;
Salas y Montemayor
Con Gáspari de brazete;
Blohm con Eisenblat, y Boulton
Con Delclisur y con Eggers;
Vicini con Badaracco,
Röhl y Compañía con Ruete,
Moreau grande, Moreau chico,
Monsieur Depeton y Engelke;
Legórburu con Bottaro
Pipo, y con Juan, Carpinette.
(Si es Carpinette, perdone;
Si no hay perdón, que lo deje.
Uso de cierta licencia
Que á poetas se concede;
Y concluyamos, que quiero
Cerrar pronto este paréntesis.)
Media Guaira, en fin, se encuentra
Reunida, afanosa, alegre;
Como quien ansioso trata
De hacer un bien que se puede.
Y entre todos hay risitas
Valor en cuenta corriente;
Y unos tosen, y otros cantan,
Y unos se van y otros vuelven,
Y un tercero con su lápiz
Dibuja por las paredes,
Y un cuarto la nariz suena
Con la explosión de un cohete,
En tanto que otro estornuda
Y asusta á los concurrentes,
Y con la rosiada moja
Entre otros varios papeles
Un retrato de Bolívar,
Un tomo y dos expedientes.

Mas ¿quién es aquel sugeto
Que entre risueño y doliente
Se aparta de tal tumulto
Y tras la puerta se mete,
Y por momentos suspira
Como á quien algo le duele?
—Es *musiú Lemuá*.—¿Lemuá?
—Sí señor, ¿y eso qué tiene?
—Nada; mas ¿qué busca aquí?
—Su buena ó su mala suerte.
—¿Lo habrán citado?—Supongo.
—Quién, ¿esos señores?—Puede.
—¿Y con qué objeto?—¿Dios sabe!
—¿Tendrá delito?—Parece.
—Pero. . . .—Pero calle usted,
Y tenga calma, y espere.

II

Toca el Jefe su esquilón,
O llámese campanilla;
Arrellánase en su silla,
O dígame butacón.
Modula aquella tos seca
Bien conocida de todos;
Ráscase nariz y codos
Y hace al rascarse una mueca.
La multitud se prepara
Y ocupa el ancho salón;
Uno sacude el calzón,
Otro se limpia la cara.
Otro se prepara el pecho,
Quizá el orador será:
Al verlo *musiú Lemuá*
Murmura triste: "esto es hecho."
Mas no, que me equivoqué;
Porque, según me han contado,
Lo que pronunció el cuitado
Fue solamente "*c'e fé*."
"In *nómine patria mea*,"
El Político exclamó;
Y el grupo se apresuró
A contestarle: "*así sea*."

POLITICO

"Veamos, señores: ¿qué exige
De mi poder este grupo?
En su bienestar me ocupo;
¿Qué le duele? ¿Qué le afiije?

"¿Me vienen á delatar
Alguna conspiración.
De la contraria fracción
Contumacia singular?

"¿Acaso peste horrenda
Nos amenaza invadir?
Déjenla ustedes venir;
Todo eso es muy poca cosa.

"Así, pues, no hay más que hablar
Claro y liso, y pronto y *bien*;
Porque yo en un santiamén
Ofresco todo arreglar.

"De mí no teman capricho,
Sino proceder humano;
Cónque, señores, al grano
Con lo que gusten: he dicho."

Un ruido á lo cigarrón
Se prolonga en la asamblea:
Tal vez un aplauso sea,
Tal vez desaprobación.

Ninguno quiere empezar;
Acaso se habrán cortado.
En esto el Jefe cansado
Comenzóse á amostazar.

—Dí tu.—Yo no.—¿Pues por qué?

—Hablar yo entre gente tanta?

—Yo sufro de la garganta

Que no puedo más ¿y usted?

—A mí me duele una muela

—Yo tengo un ciático horrible.

—Pero señor, es posible

Que á todos algo nos duela?

—Yo hablo muy recio y muy bronco.

—Yo hablo paso y muy atiplado.

—Yo sufro de un constipado

Que me tiene ronco, ronco.

—Al grano, al grano, señores,

Volví á decir el Político:

Miren que yo soy estítico

Y me tienen en sudores.

—Mejor será de consuno

Como comisión nombrar. . . .

—La *comisión* regular

Es al tres cuartos ó al uno.

—Pues señor, yo he descontado

Varios pagarés de Aduana

Hoy mismo, por la mañana,

Y el uno y medio he logrado.

—Pues el cacao Río-Chico

Y los cueros de Angostura. . . .

—La *historia* nos lo asegura:

Quien no sabe, es un borrico.

POLÍTICO

"¿Vive Dios, que ya esto es mucho
Trabajarme la paciencia!
Es mucha la impertinencia
Que sobre este caso escucho.

"Si ninguno ha de empezar,

Váyanse de aquí, señores:

Si nó, por conspiradores

Los hago al punto enjaular."

ORADOR

"Pues bien, vamos al decir:
El señor *musiú Lemuá*
Que entre nosotros está,
No nos dejará mentir.

"Este señor ha montado

Una máquina-vapor,

Que es un infierno, señor,

Al que nos ha condenado.

"A un ruido sordo, incesante,

(Y eso es lo menos que daña)

Tal humareda acompaña,

Que el diablo que se la aguant.

"Señor, la calle se llena

De un vapor *mercantida*,

Que amenazando la vida

Nos tiene la vida en pena.

No hay quien no lamente el daño

Cuando la calle inficiona,

Pues tizna el punto y la lona

Como el drilete y el paño.

"El espacio se oscurece

Con ilusión tan sombría,

Que á veces el medio día

La media noche parece.

"El sol parece eclipsado

Desde el aciago momento

En que se alzó en *Sotavento*

Ese vapor desdichado.

"Y lo que es particular

De notarse, y es muy cierto,

Es que unos tantos han muerto

De inflamación pulmonar.

"Señor ¿qué peste horrenda
Ni qué guerras intestinas?
Eso es caldo de gallinas
O conserva de lechosa.

"Ay! para llorar los males
Que ese vapor nos prepara,
No hay ni terreno en la cara
Ni hay en los ojos raudales.

"Y en tanto llora el comercio
Los males que sufre hoy día,
Sigue la máquina impiiá
Haciéndonos tan mal tercio.

"¿Pues la ocurrencia le alabo
Al señor *musiú Lemuá*!
Si piensa seguir cual vá. . . .
Va á torcer el puerco el rabo."

POLITICO (tocando la campanilla)

"Al orden el orador
Y déjese de refranes:
Somos ó Pedros ó Juanes
Pero puercos, no señor."

ORADOR

"No ofendo á viviente bicho
Ni ha sido tal mi intención:
Pues señor, en conclusión,
Pedimos justicia: he dicho."
—"Apoyo! apoyo!" dijeron
Los del tropel conjurado.

POLÍTICO

"Ya ustedes, pues, han hablado
Todo cuanto hablar quisieron,
Toca ahora al señor *Lemuá*
Sacar á luz sus razones;
Digo, absolver posiciones;
Lo cual espero que hará."

III

Grave, imponente, modesto,
Musiú Lemuá se acercó
Hacia el Jefe, y murmuró
Como quien recita un testo:

"Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
"Facer denu-sto á un fidalgo"
Par un machin á vapor.

Guardó silencio un instante,
Como quien medita á fondo
Un pensamiento tan hondo
Cuanto es macizo un gigante.

Luego, de tono variando,
Irguió la frente altanera,
Y empezó de esta manera
Hablando y gesticulando:

"C'est un chos mañific, ye l'asegurr,
De vuar combien de yans ici pretend,
Tel que si ye seré tan lardo e burr,
Mí volcar, en afer que non entend!

"Ma fuá, mosie le chef, ces yans son bet
Qui se son ambeté, ye vu le di.
Nu leserón an pe rodar la fet,
E demeron an pe come yadí.

"Ye suf matematic de Venezuela,
Le premié que es venido en costa-firm.
Il vo mié de chanye la cantinel,
E vu me leseré san fason irm.

"¿Brav me da, parblé, quil vu treball
La fumé que despide la machin!
Monsie le Politic ferá que call
L'ensansé babillaye, de yan indin.

"¿Il vu paré, mesie, can Republic
Ye duá me ter? Ma fuá que estais pelads:
Tu le mond, tel que quiere, bien critic,
Me rién se da á les homes criticads.

"¿Oh sacre nom de Die! Ye fe mon gust,
Que tut otre question es boberf:
On di, par en bon gust en mellor sust:
Vualá, don, ma cherf filosoffi.

"Me la machin es bien portan san dud,
E yi pans profité dan mes afer:
Ce qui pans ó contrer, ye di que sud,
E pur tuyur yamé laré tombé.

"Ye ve finir.—E bien! ales ó Diabl,
Ye vu le prf, ne recordé de mf.
Vusotr ne vulé que ye vus abel,
Ne me Cercé.—Mosie le chef, ye e di."

IV

Como el bramido cercano
De una tempestad horrible;
Como algazara terrible
De cien gatos al maullar,
Cuando en la noche serena
Gritan sobre los tejados,
Bregando desesperados
Por una gata obsequiar;

Tal fué el aplauso y la risa
Y la confusión y gresca
Que ardió, como arde la yesca,
En la atónita reunión:
Tanto, que abrumado el Jefe
Con el clamor del gentío,
Empezó á temblar sin frío
Y repicó su esquilón.

"Al orden! vamos! al orden!
Que así no nos entendemos.
—Viva Lemuá!—Respetemos
la Jefatura!—*Parble!*
—Fuera máquina!—Silencio!
—Que se traduzca!—Imposible!
—Al orden!—Esto es risible!
—Uf!—*Oh sacré non de Dié!*

Y nadie obedece á nadie,
Y al cielo se alza la grita,
Y al salón se precipita
La turba que afuera está;
Y unos empujan á otros,
Y otros se montan en sillas,
E inflaman rostro y patillas
Dando aplausos á Lemuá.

Para dominar la turba
Se monta el Jefe en la mesa,
Y habla con la vista tiesa
Cual pastor viendo á su grey
Clama, tose y gesticula
Y su esquilón toca y toca,
Y el nombre de Dios invoca
Y la obediencia á la ley.

Por fin se aplaca el tumulto;
Y el Jefe siempre montado
En la mesa, que ha cambiado
En tribuna de orador,
Dice:—"Señores, entiendo
Que nada aquí se ha entendido:
Soy de parecer y aun pido
Que se nombre un traductor."

Ruedan las miradas todas
En redor de la asamblea,
Mientras el Jefe se apea
Del puesto en que se montó.
Al fin de acuerdo parecen
La atención fijar en uno,
Y así claman de consuno:
"¡Que sea Teofil Moró!"

Entre risueño y arisco
Musió Teofil se adelanta,
Firme la serena planta,
Orgulloso en el mirar.
Guardó silencio la turba
Con impaciencia curiosa,
Y en voz clara y sonora
Comenzó Teofil á hablar.

V

"Tandís que Mosié Lemuá
S'á exprimé de la manier,
Muá mem á exprimirme va,
E le puen se exclarsirá
Dan cet emportant afer.

"Ye við de verificar
Que la machine an cuestión
Debe tuyur trabajar,
Malgré se llegue á sahumar
A algún projin le pulmon.

"Mi agmano ensi panse bien
De fonder á Maqueti
Una chodier ó sartén,
Con un machin de reten
Quil gañá á la loterí.

"Eh bé! selón que ye cruá
Ne devré mosié Lemuá
Quité de allí sa machin;
É le Polític dirá
A quel opinión sin clin.

"Me, revenan al asunt
De versé punto por punt
Ce que le paciant ha di,
Ye diré que ni en trasunt
Ce quil parlá yan tandí.

"Parce quel señor Lemuá
Tien la tete bocú dur,
E deletamp quil está
Dan Venezuel, il nianá
Rien avanzad en cultur.

"Il ne parle pa francé,
Il ne parle pa spañoll,
Il ne parle pa l'anglé:
Ye cruá cantre col y col
Pone un mo de todos tres.

"Or, ye ve dir ma pansé:
Que mosié le Polític
Mande á Lemuá tut á fe
A aprender el *abecé*
Dans une escuela públic."

VI

Volvió la gresca á prender,
Volvió el reir y el gritar,
Y volvióse á amostazar
El jefe, y volvió á toser,
Y luego empezó á clamar:
"Pues señor, estamos frescos.

¡Vaya un hablar desatinos!
Díganme pues: ¿son latinos
Ustedes, ó son tudescos,
O son bozales ó chinos?
"¿Cómo habré de sentenciar,
Si no es posible entender
La traslación singular
Que este reverendo *par*
Ha tenido á bien hacer?
"Busque usted un traductor
Más diestro, monsieur Lemuá,
Que este apreciable señor,
porque de contra le irá
No muy bien con su vapor."

VII

El autor que de esto escribe,
Y que es el mismo que al pie
De este proceso suscribe
(Calle de Bolívar, vive
para lo que mande usted),
Dice que por mucho rato
Fué imposible de aclarar
Este asunto *caricato*,
Y de cuyo fiel relato
No duda en asegurar;

Pero al fin, dando y tomando,
Y al paciente preguntando,
Y el paciente respondiendo,
Se fué por fin despejando
Este proceso tremendo.
Entonces el *Político*
(Que me perdonen, suplico,
Ésta falta de prosodia),
Dijo á Lemuá: "Pues, *amigo*,
Cante usted la palinodia;
"Y desdiga usted su dicho
Sobre hacer solo su agrado:
Ante la ley no hay capricho:
Ya sabe, lo dicho dicho,
Y si no, . . . muere morado."

—"*¡Pues ye deman defensor!*"—
Dijo alterado Lemuá,
Algo metido en calor.
—"Si usted gusta, si señor."
—"*Eh be! nu verron se la!*"—
Y diz que nombró un sugeto
Que por muchas prendas raras
Es persona de respeto,
Y él contestó:—"No me meto
en camisas de once varas.
"Si es preciso colear
Un toro que se escapó,
Diciéndome en qué lugar
Puede conmigo contar,
Porque ahí sí que vivo yo."

A varios nombró en seguida,
Mas todos se le escapaban
Por diferente salida.
—"Está la patria afligida,
Mi amigo,"—le contestaban.
Entonces un caballero,
(*De cuyo nombre no quiero
Acordarme, y con razón.*)
Entre jovial y severo
Aceptó la comisión.

Una mano en el bolsillo
De la leva ó paletó,
Se adelantó el doctorcillo;
Y de este modo sencillo
La defensa comenzó.

VIII

"Son casos muy frecuentes
De que trata la *historia*.
De un imperio la gloria
¿Qué dice á los demás?
Jamás entre los griegos
Se usaron invenciones
Malas á los pulmones;
No, señores, jamás.
"¿Quién no sabe la *historia*
Del imperio romano?
¿Quién del feliz britano
La *historia* no leyó?
Los persas y los moros,
Los siros y caldeos,
Eran hombres bien feos,
¿Pero feroces? nó.
"Así conviene y urge,
Sin que nos engañemos,
Que al panteón aspiremos
De la gloria inmortal.
Todo lo que es efímero
(La *historia* lo asegura)
Sólo un instante dura;
Y aún ese instante, mal:
"El que ser juez pretenda
Lea el Deuteronomio,
Y en vigilante insomnio
Estudie hasta morir;
Y además, recomendando
El libro de los Jueces,
Que ha sido en todas veces
El mejor elixir.
"En cuanto á esta bobada,

Claro seré y conciso:
Para esto nó es preciso
Ni plumá ni papel:
Basta que Lemuá ponga
Un tubo de tamaño
Que imite en modo extraño
La torre de Babel.

"Que á la altura del Avila
Llegue su pico humeante,
Cosa que en adelante
No nos moleste más.
De estos casos se han visto
Cien casos en la *historia*:
Señor Lemuá, no hay gloria
Sin pesares jamás.

"Córtese, pues, el nudo
Que este alboroto excita.
¿Qué más se necesita
Sino es resolución?
Suba, pues, al empleo
La inmensa chimenea,
Señor Lemuá, y que sea
Fuerte aún más que Sansón.

"Haga lo que le digo
Y es el mejor remedio:
Arrime á un lado el tedio
Que esto le causará:
Que así que de su máquina
Libres todos estemos,
Todos también diremos,
Y el mundo exclamará:
"¡Gloria al excelso en artes
Histórico industrial!
¡Gloria al sumo arquitecto!
¡Viva el señor Lemuá!"

IX

Unánime aprobación
De toda aquella asamblea,
Del tal defensor la idea
Tuvo, y á fe con razón.

El Jefe dió la sentencia,
Y mandó sacar al punto
Para extender el asunto,
Un pasaporte ó licencia;
Y no estando en el local
Su secretario, mandó
A llamar uno que vió
Del Juzgado parroquial.

Llegó por fin el expreso
Secretario del Juzgado,
Y es el mismo que ha formado
Este importante proceso;
Y después de atento oír
Todo lo que antes se expresa,
Doblóse sobre su mesa
Y se apechugó á escribir.

Se pone á continuación
La sentencia pronunciada,
Sin que se quite ni añada
Ni un punto á la relación:

"En la villa de la Guaira
Y á catorce de diciembre
Del año cincuenta y tres
De este siglo diez y nueve,
Ante mí comparecieron,
Étcétera; y consecuente
Con mi deber, y escuchando
Más de lo que oír se debe;
Después de dadas y tomas
Y de dimes y diretes,
He venido en decretar,
Como lo hago, lo siguiente:

Que el señor Lemuá coloque
En el lugar donde tiene
Su máquina, un tubo largo
Que al copo del cerro llegue
Por su altura, y de este modo
Nadie sufra ni se queje.
Y, como en el cerro mismo
Del Avila tal vez puede
Vivir algún ciudadano
En habitación campestre,
Y el humo de la tal máquina
Puede llegar á ofenderle,—
Se nombra una comisión
Para que inspeccione y vele
Sobre este punto: entendido
Que en caso que álguien se queje,
Como se ha dicho, en el monte,
Se le ordenará al paciente
Musió Lemuá, que es sin duda
De estos trastornos el eje,
Añada á su chimenea
Diez varas más de copete."

X

CONCLUSIÓN.—NOTA DEL SECRETARIO
Nombróse la comisión
De que trata la sentencia,
Resultando en consecuencia
Gravados con la elección:
Don Juan Lorenzo Gonell
Y don G. de Legorburu.—
Publíquese.—Es copia fiel.—
La Guaira, *ut supra*.—ELZABURU.

E. RIVODÓ.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

tiempo y á las migraciones misteriosas de los peces. Lo que sentían la mayor parte de los que estaban allí era no haber sido avisados á tiempo para aprovecharse, como los de Ploubazlenec, de aquella fortuna que iba á pasar al largo.

Ya era tarde para pensar en pesca: lo más del caso era dar el brazo á las muchachas y ponerse en camino, como lo hicieron, al són de los violines que abrían la marcha.

Al principio Juan no dirigió á su pareja más que esas galanterías sin alcance, como se les dicen en tales fiestas á las jóvenes bonitas con quienes se tiene confianza. Entre los que asistían á la boda, ellos solos eran extraños el uno para el otro: los demás, todos eran primos y primas, prometidos y prometidas. Pero á la noche, mientras se bailaba, habiéndose suscitado entre los dos la conversación sobre el gran paso de pescado, él le disparó bruscamente esta declaración inesperada:

—Sólo por vos, señorita Gaud, ¡por vos sola! hubiera yo dejado de asistir á la pesca con mis compañeros.

Un poco asombrada de que el marino se hubiera atrevido á hablarla así, ¡á ella, que había descendido á asistir al baile como una reina se presta á ir á la casa de un vasallo! pero deliciosamente lijonjeada en el fondo, concluyó por contestarle:

—Muchas gracias, señor Juan; yo también prefiero vuestra compañía á la de cualquier otro.

Y aquello fué todo. Pero á partir de este cambio de frases significativas, no se cesaron de hablar de cosas indiferentes, es cierto, pero en voz más baja y más dulce.

Juan refería ingenuamente su vida de pescador, sus fatigas, los salarios que ganaba, las dificultades con que sus padres lo habían criado, cuando tenían que mantener nada menos que á quince pequeños Gaos, de los cuales él era el mayor. Ahora los viejos vivían en una abundancia relativa, sobre todo desde que su padre había tenido el feliz hallazgo de un casco de buque abandonado, cuyo maderaje y clavazón, después de pagado al Estado lo que de derecho le correspondía, le produjo diez mil francos. Esta pequeña fortuna le había permitido ensanchar con un piso más su casita, la cual estaba situada al extremo del país de Ploubazlenec, en la aldea de Pors-Even, dominando el mar.

—Es muy duro—decía—ese oficio de pescador de Islandia; partir así en cuanto llega el mes de febrero para un país tan triste y tan frío, con una mar tan mala..... A pesar de todo, hay otras profesiones peores; un ejercicio que reporta en cada temporada de mil á mil doscientos francos, no es tan ingrato. Todas las penalidades pueden darse por bien empleadas con tal de entregar á la vuelta ese dinero á la mamá.

—¿Todo se lo dabáis á vuestra madre, señor Juan?

—Todo, siempre todo: es la costumbre de nosotros los pescadores, señorita Gaud. Así es que, podéis creerlo, yo nunca tengo dinero, salvo el poco que me da mi madre los domingos cuando bajo á Paimpol; y si no fuera porque mi padre me compró este traje nuevo que tengo puesto, no hubiera podido venir á la boda.

Juan decía estas cosas sonriendo y fijándose con atención en la fisonomía de Margarita, como para tratar de sorprender el efecto que hacían sus frases. Parecía quererla dar á entender que no era rico, como ella.

Ella también sonreía y le miraba, contestándole en muy pocas palabras, pero escuchándole con toda su alma, cada vez más admirada y más atraída hacia él. Qué mezcla de rudeza salvaje y de niñez cariñosa! Su voz grave, que cuando hablaba á otras personas era brusca y decidida, tomaba, cuando se dirigía á ella, un tono suave y acariciador, á manera de una música velada de instrumentos de cuerdas.

¡Y qué cosa tan singular y sorprendente aquel hombrón tan grande, con su aire desenvuelto y su aspecto terrible, á quien en su casa continuaban tratando como á un chico y que lo encontraba natural; que había corrido el mundo, todas las aventuras y todos los peligros, y que conservaba una sumisión tan respetuosa, tan absoluta por sus padres!

Ella, como para colocarse en cierto modo á su nivel, le refería que no siempre estuvo su padre bien acomodado como ahora; que el señor Mével también

había sido en su juventud pescador de Islandia, y que profesaba la mayor estimación hacia los "islandeses"; que se acordaba muy bien de que cuando murió su pobre madre, también ella anduvo bastante tiempo corriendo por la playa con los pies desnudos.

¡Ah, la inolvidable noche del baile, decisiva y única en su vida! Seis meses habían transcurrido desde entonces, y cada día la tenía más fija en su memoria. ¡Como que no pensaba más que en ella! Todos los bailarines de entonces pescaban á la hora presente disseminados por el mar de Islandia, en la claridad del sol pálido que alumbraba aquella inmensa soledad, mientras las sombras de la noche iban cayendo tranquila y lentamente sobre la tierra bretona.

Las ventanas se habían ido cerrando unas después de otras; pero Margarita continuaba asomada á la suya. Los pocos transeúntes que pasaban por la playa, al distinguir en la obscuridad de la noche el blanco contorno de su cofia, debían decir para sus adentros: «He ahí una joven que con seguridad piensa en su novio.» Y era verdad que pensaba en su novio, y que tenía ganas de llorar, y que sus ojos permanecían obstinadamente fijos en la sombra, sin ver nada de las cosas reales.....

Pero ¿qué extraña mutación había experimentado Juan después de la inesfable noche del baile? ¿Por qué no había vuelto? ¿Por qué cuando la casualidad les había hecho encontrarse, parecía como que huía de ella y apartaba sus ojos de los suyos?

Algunas veces habían hablado de semejante rareza Silvestre y ella, sin que tampoco el excelente muchacho se la explicara.

—Lo único que sé, Gaud, es que si tu padre lo consintiera, con ése era con quien tú debías casarte. A buen seguro que no había de encontrar en todo el país yerno más juicioso, más honrado, ni que mejor entendiera su oficio. No, no puedes formarte idea de lo bueno que es Juan por todos conceptos.

¡El permiso de su padre! Bien confiada estaba en obtenerlo, porque el señor Mével no había contrariado nunca á su hija en sus voluntades. ¿Que no era rico? A ella no le importaba nada: tratándose de un marino tan bueno, sería suficiente adelantarle algún dinero para que durante seis meses hiciera los estudios necesarios para la navegación de cabotaje, y en ese tiempo se convertiría en un excelente capitán á quien todos los armadores querrían confiar sus buques.

Con su fina diplomacia de mujer, había interrogado discretamente á las muchachas que sabían todas las historias de amor que corrían en el país, y había adquirido la convicción de que Juan no estaba comprometido con ninguna: sabía que andaba maposeando de derecha á izquierda en Lezardrieux como en Paimpol, pero sin mostrar preferencias marcadas.

Cierto domingo, bastante tarde, le había visto pasar muy amantelado con una tal Jenny Curof, á la que no se le podía negar que era bonita, pero cuya reputación era detestable. Aquello le había hecho un daño cruel.

Le habían asegurado que tenía un genio muy iracundo; que habiéndose emborrachado una noche en el café de Paimpol, donde los "irlandeses" acostumbraban celebrar sus fiestas, había echado abajo con la tapa de una mesa de mármol, una puerta que no querían abrirle.

Todo eso le perdonaba ella de buen grado: todos los marinos gustan de las chicas bonitas y amables, y todos son violentos cuando se emborrachan. Pero una vez que las gentes que le conocían estaban de acuerdo en concederle un buen corazón y buenos sentimientos, ¿á qué había ido á sacarla de su tranquila indiferencia? ¿qué necesidad había tenido de estarle hablando durante toda una noche con aquella cariñosa franqueza, y de hacerla confidencias que solamente se hacen á la persona por quien se tiene mucho interés?

En vano había mantenido durante lo que restaba de invierno la esperanza de que volverían á hablarse; ni siquiera había ido á despedirse de ella cuando llegó el momento de la partida á Islandia.

Ahora que él estaba ausente, nada existía para Margarita: ¡nada más que el tiempo, que trans-

curría con suma lentitud para ella, que deseaba la vuelta del otoño, época del regreso de los pescadores, para salir de sus crueles dudas!

Daban las once en el reloj de la alcaldía. En Paimpol las once de la noche es muy tarde; la joven cerró, pues, la ventana y encendió su lámpara para acostarse, sin dejar de pensar en la extraña actitud de Juan. ¿Era huraño en demasía, ó le retraía el temor de verse rechazado porque carecía de bienes de fortuna? Ella estuvo por habérselo preguntado sencillamente; pero Silvestre, á quien dió cuenta de su proyecto, le hizo observar con mucha cordura que semejante cosa parecía mucho atrevimiento en una joven soltera, y que ya se murmuraba en Paimpol de su aire distinguido y de su manera de vestir.

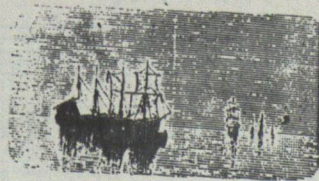
Margarita iba despojándose de sus ropas con la lentitud distraída de la mujer que sueña despierta: primero se quitó su cofia de muselina; luego su traje, de corte elegante al uso de las ciudades, que arrojó de cualquier modo sobre una silla. A estas prendas siguió el largo corsé de señorita, que daba bastante que decir á las gentes de Paimpol á causa de su corte parisien. Entonces su talle, ya libre, apareció aún más perfecto con sus líneas naturales, que eran á la vez llenas y suaves como las de las estatuas de mármol, y que, cambiando de aspecto á cada uno de sus movimientos, prestaban á las posturas de la joven indefinible encanto.

Luego deshizo las dos trenzas que en figura de caracoles se enrollaban por encima de sus orejas, y dos robustas matas de pelo cayeron sobre su espalda como gruesas serpientes muy pesadas: en seguida se las arregló á modo de corona en lo alto de la cabeza, por ser el tocado más cómodo para dormir. Con aquel sencillo peinado y su perfil recto, la bella bretona parecía una virgen romana.

Por fin la venció el sueño.....

En su cabaña de Ploubazlenec, la vieja abuela Moan había concluido también por dormirse con el sueño helado de los ancianos, soñando con su nieto y con la muerte.

Y á aquella misma hora, á bordo de la *María*, sobre el mar boreal, que estaba aquella noche un poco inquieto, Juan y Silvestre se cantaban canciones el uno al otro, sin abandonar un punto su pesca á la luz del día sin fin.



VI

Había pasado un mes: estamos en junio. Alrededor de la Islandia reinaba ese tiempo raro que los marinos llaman *calma chicha*, es decir, que nada se movía en el aire, como si las brisas todas estuviesen aniquiladas.

El cielo se había cubierto de un gran velo blanco, que allá abajo, hacia el horizonte, pasaba á los grises plomizos, á los reflejos pálidos del estufo. Espejo de aquella bóveda triste, las aguas inertes tenían también una brillantez lívida, que fatigaba los ojos y daba frío.

Noche eterna ó eterna mañana: hé aquí lo que era imposible de discernir. Allí estaba el sol siempre, para presidir á aquel resplandecer de cosas muertas, muerto él también, casi sin contornos, agrandado hasta lo inmenso por un halo velado.

Juan y Silvestre, á la vez que pescaban el uno al lado del otro, se entretenían en cantar *Juan Francisco de Nantes*, la canción que no se acaba nunca, cuya monotonía misma les distraía y les hacía mirarse con el raballo del ojo para reirse de la especie de travesura infantil con que ensartaban coplas y más coplas del *Juan Francisco*, como si cantasen en competencia.

Continuad

A MARGARITA

LUZ Y SOMBRA

Vals

Por Manuel Felipe Osio

This musical score is for a waltz titled "A Margarita" by Manuel Felipe Osio. The piece is in 3/4 time and features a key signature of one flat (B-flat). The score is written for piano and includes a vocal line for the voice. The music is characterized by a gentle, flowing melody in the right hand and a steady, rhythmic accompaniment in the left hand. The score is divided into several systems, each containing a vocal line and a piano accompaniment. The vocal line begins with a "Piccolo" marking, indicating a soft or delicate tone. The piano accompaniment features a variety of chords and melodic lines, including some passages with triplets and slurs. The overall mood of the piece is romantic and tender, typical of a waltz. The score is presented in a clear, legible format with standard musical notation, including notes, rests, and bar lines.